

La misión de 1864 a Filipinas. El manuscrito inédito de Tirso López Bardón

Por

ROBERTO BLANCO ANDRÉS

Pocas misiones a Filipinas han sido tan bien historiadas como la de 1864. Es verdad que no son numerosos los relatos de esta naturaleza, a pesar del nutrido aporte de misioneros a lo largo de tres siglos desde España al archipiélago magallánico, motivo por el que el escrito que aquí presentamos adquiere cierto interés. Pero lo más llamativo es que dentro de esa general escasez nos llama aún más la atención el hecho de que para la misión de ese mismo año existan hasta dos memorias. Una la de Eduardo Navarro, próxima a publicarse, y otra la del P. Tirso López. La primera, aunque inédita, es en modo alguno conocida, por quedar recogida en sendos catálogos¹ y, evidentemente por saberse de su existencia en la biblioteca del colegio de Agustinos de Valladolid. La otra, aparte de ser inédita es totalmente desconocida, pues ningún registro o inventario da cuenta de ella. De ahí la singularidad de este documento que reproduciremos a continuación, que le viene dada por su carácter atípico y también por coincidir con un momento verdaderamente importante en el devenir de la provincia de agustinos de Filipinas, tanto en el archipiélago como en la península. Junto a la explicación pertinente de todo lo que con-

¹ Referencias sobre este texto inédito del P. Navarro existen en estas obras: GARCÍA GALENDE, Pedro, "Labor científica de los agustinos en Filipinas (Historia lingüística, ciencias naturales) 1565-1898"; *Archivo Agustiniiano*, 70 (1986) p. 36; RODRÍGUEZ, Isacio, *Historia de la provincia agustiniana del Smo. Nombre de Jesús*. Tomo XII, Manila, 1980, p. 380; RODRÍGUEZ, I., "Iglesia de San Agustín de Manila", *Archivo Agustiniiano*, 72 (1988), pp. 3-4; RODRÍGUEZ, I., ÁLVAREZ, J., *Fondo de Filipiniana" en la Biblioteca de Agustinos de Valladolid*. Valladolid, Estudio Agustiniiano, V, p. 465; SANTIAGO VELA, Gregorio de, *Ensayo de una biblioteca ibero-americana de la orden de San Agustín*, Madrid 1922, tomo VI, p. 13.

cierno al manuscrito y la misión realizaré una breve biografía –actualizando, corrigiendo y ampliando los datos más cruciales– del autor del texto hasta ahora ignorado.

1. Los manuscritos inéditos de Tirso López y Eduardo Navarro

No son realmente grandes las variaciones que se pueden observar en el “Viaje del R. P. Fr. Tirso López Bardón y sus diez y siete compañeros, religiosos todos del Orden de S. Agustín, desde Cádiz a Manila, el año de 1864, en la Fragata Guadalupe” –pues éste es su título exacto–, y entre la memoria redactada por Eduardo Navarro para la misma misión². Ahora que, dejando a un lado el contenido, existen también algunas diferencias significativas que conviene conocer.

El documento se encuentra en el Archivo de la Provincia de Agustinos de Filipinas de Valladolid con la signatura 344/8³. Consta de 57 páginas en octavo (las 10 últimas sin numerar) en las que se incluyen la narración del viaje y varios anexos de interés al final con la lista de pasajeros de la fragata *Guadalupe*, observaciones sobre la navegación, más los nombres de los religiosos integrantes de la misión y el de los que se quedaron en el colegio vallisoletano. Su temática, como es de suponer, explica en esencia los pormenores del periplo de un grupo de diez y ocho agustinos desde que salen del convento de Agustinos de Valladolid hasta que llegan a Manila, capital de las islas Filipinas, la colonia más distante de España en el siglo XIX.

La finalidad de fray Tirso no es otra que la de referir los detalles más destacables del largo itinerario oceánico a sus padres, a quienes va dedicado el texto. Exactamente el mismo propósito que el de Navarro en el escrito aludido, y por extensión, se puede afirmar que el de muchos otros frailes que hubieron de redactar similares diarios de este largo trayecto, aunque desafortunadamente tan sólo conozcamos unos escasos ejemplos.

El informe del P. Tirso se inicia en el mismo momento en que el rector del colegio lee en voz alta el 28 de abril de 1864 los nombres de los integrantes de la misión de ese año. El de Navarro abre sus páginas con el día de la partida del seminario, el 11 de mayo. Ambos cierran su diario con la llegada a Manila y la entrada en el convento de San Agustín, a mediados de septiem-

² Su título: *Narración extensa del viaje que hicieron los PP. Misioneros Agustinos en número de 18, en 11 de Mayo de 1864, desde el Colegio de Valladolid á Cadiz, y de esta Ciudad á Manila en la fragata Guadalupe*. 10 pp. s.n + 252 sn + 10 s.n. –220 x 140 mm. Contiene hasta 38 láminas. Texto 1-252.

³ APAF 344/8.

bre. Separa a estos documentos el estilo empleado y la prolijidad del contenido. Tirso López es más conciso, Eduardo Navarro más descriptivo, y por ello mucho más extenso. El segundo realiza una auténtica crónica de la jornada, día a día, con la inclusión de abundantes ilustraciones que confieren un enorme atractivo al conjunto, mientras que el primero opta por realizar básicamente un resumen. En cuanto al estilo, se puede constatar un modo más depurado y preciso en el del P. Tirso, sin pretensiones de “ingenio” ni de “hacer alarde de mi talento”, como él mismo señala, y unas formas más sencillas, familiares, a veces reiterativas pero también vibrantes, en el de Navarro, más joven y aún por perfilar su escritura. Entonces Tirso López contaba con 26 años, seis más que el vallisoletano. En los dos casos se trata de su primer escrito conocido, dentro de una importante producción de trabajos de carácter histórico.

En conjunto, por tanto, se puede concluir que ambos se complementan, dando como resultado un cuadro bastante completo de lo que fue la misión de 1864. Sin duda, de la que más datos disponemos para la Orden de San Agustín en el período hispano-filipino.

2. Tirso López y la misión de 1864

Tirso Juan López Bardón nació el 25 de mayo de 1838 en el pueblo de Cornombre (provincia de León)⁴. Fue hijo de Dionisio López Prieto y de María Manuela Bardón. Estudió Religión, Moral, Historia Sagrada, Geogra-

⁴ Datos biográficos elementales en: APARICIO LÓPEZ, T., *Agustinos españoles en la vanguardia de la ciencia y la cultura*. Valladolid, Estudio Agustiniano, 1988, I, pp. 216-220; FRAILE MÍGUELEZ, Miguel, “Semblanza del P. Tirso López”, *La Ciudad de Dios*, CXV, Madrid (1918), pp. 16-31; HERNANDO, Bernardino, *Historia del real colegio seminario de pp. agustinos filipinos de Valladolid*. Valladolid, Tipografía y casa editorial Cuesta, 1912, I, pp. 308-311; JORDE PÉREZ, Elviro, *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos de la Provincia del Smo Nombre de Jesús de Filipinas*. Manila, Establecimiento tipográfico del Colegio de Santo Tomás, 1901, pp. 525-527; MARTÍNEZ NOVAL, Bernardo, “Una institución que desaparece. El M. R.P. Maestro Fr. Tirso López y Bardón”, *España y América*, a. XVI, tomo LIX, 1918 (Madrid), pp. 342-355; MERINO, Manuel, *Agustinos evangelizadores de Filipinas*. Madrid, Ediciones Archivo Agustiniano, 1965, pp. 296-297; PINTA LORENTE, Miguel de la, “Notas para una bibliografía del P. Tirso López”, *Archivo Agustiniano*, 48 (1954), pp. 301-313; RODRÍGUEZ, I., *Historia...IV*, Manila, 1968, pp. 173-175; RODRÍGUEZ, I., “Maestros y lectores del colegio de Valladolid”, *Archivo Agustiniano*, 68 (1984), pp. 266-269; RODRÍGUEZ, I., ÁLVAREZ, J., *Labor científico-literaria de los agustinos españoles. (1913-1964)*. Valladolid, Estudio Agustiniano, 1992, pp. 292-293; RODRÍGUEZ, I., ÁLVAREZ, J., *Al servicio del Evangelio. Provincia agustiniana del Smo Nombre de Jesús de Filipinas*. Valladolid, Editorial Estudio Agustiniano, 1996, p. 232.

fía, Aritmética y Gramática Castellana en Santibáñez, y Gramática Latina en Villanueva y Vega de Arienza. Tomó el hábito de la religión de San Agustín el 13 de octubre de 1855 en el colegio de esta Orden en Valladolid, habiendo mediado previamente el pertinente interrogatorio el día 23 de agosto, que firma por ausencia del rector el P. José Corugedo⁵. Tras el año de Noviciado realizó la profesión el 14 de octubre del año siguiente en la misma institución⁶, cuya creación había sido aprobada por Real Cédula firmada por Felipe V el 31 de julio de 1743⁷.

La entrada de fray Tirso en el real colegio seminario de *Filipinos*, coincidió con la realización de las obras para la construcción del segundo piso, que se llevaron a cabo entre 1853 y 1862, y supusieron para la provincia un desembolso de hasta 850.000 reales⁸. En esos años se compró abundante piedra de sillería, cuya saca y debaste se efectuó en el pueblo de Villanubla, se embaldosó el claustro de mediodía, se ajustaron las puertas y ventanas, se arreglaron varias habitaciones y se prolongó el lienzo de oriente⁹. Esta es grosso modo la historia del segundo piso del convento de Valladolid, cuyo inicio, en palabras del P. Isacio Rodríguez, “debe atribuirse a una valentona del Comisario-Procurador de la Provincia, Fr. Manuel Buceta, y a la presión más que punzante del Gobierno de España, lo que dio por resultado el que los Superiores de Manila despertasen de su letargo y arrojasen al olvido las tradicionales quejas de falta de fondos para afrontar tan gigantesca obra”¹⁰.

Los primeros estudios de Tirso en el colegio vallisoletano fueron los de Filosofía, Teología y Cánones. Poco tiempo después de su entrada fue elegido ayudante del maestro de novicios hasta 1861. Igualmente, en este tiempo realizó la carrera eclesiástica recibiendo las órdenes menores, el subdiaconado en 1859, el diaconado en septiembre del año siguiente, y el presbiterado en diciembre de 1861 de manos del arzobispo de Valladolid Luis Lastra, con la correspondiente dispensa de edad¹¹. En ese mismo año, el 18 de septiembre, re-

⁵ APAF, Archivador de Documentos Personales. LOPEZ, Tirso, Documentos referentes a la persona del P. Tirso López. Refiere correctamente la profesión también: HERNANDO, B., *op. cit.*, I, p. 308.

⁶ APAF, Archivador de Documentos Personales.

⁷ Si bien la construcción no se inició hasta el año 1759, no terminando totalmente hasta 1924.

⁸ RODRÍGUEZ, I., ÁLVAREZ, J., *Al servicio...* p. 321.

⁹ RODRÍGUEZ, I., “El Colegio de Agustinos de Valladolid, Historia de la construcción”, *Archivo Agustiniiano*, 66 (1982), pp. 402-410.

¹⁰ *Ibid.*, p. 411. En esta misma página el P. Isacio proporciona un testimonio impreciso de Tirso López sobre las obras del colegio, y ello a pesar de ser contemporáneo de las mismas.

¹¹ Esta concesión puede verse en: “Registro del Rmo P. Cuixart”, *Archivo Histórico Hispano-Agustiniiano*, XII, Madrid (1919), p. 364-65. El 23 de noviembre, la Sagrada Congregación

cibió el nombramiento de lector, explicando Filosofía hasta mayo de 1864, momento de su partida a Filipinas.

Efectivamente, en abril de ese año, el P. Tirso fue convocado a misión junto a otros diez y siete compañeros del seminario de la capital castellana. De este modo se iba a cumplir el principal objetivo para el que había sido erigido este centro: proveer de operarios religiosos las misiones de Filipinas. En función de la disponibilidad de frailes las misiones se aprestaban con mayor o menor regularidad. En este sentido desde finales de los años treinta del siglo XIX se produjo una auténtica eclosión del fenómeno misional¹², ello en contraposición a la primera mitad de la centuria, que había obligado a las corporaciones monásticas a desprenderse de múltiples parroquias y estaciones misionales a lo largo y ancho del multiforme archipiélago¹³. Desde que el autor del manuscrito inédito que aquí estudiamos se hizo agustino hasta el momento de su partida habían salido de Valladolid en dirección a Manila hasta 59 agustinos¹⁴.

Las referidas obras en el colegio se entienden evidentemente con este progresivo incremento del número de profesos. Era necesario satisfacer las crecidas demandas vocacionales. El mismo Tirso nos deja en su memoria el nombre y el número de los religiosos que quedaron en el seminario a su partida. Treinta y uno en total. Entre ellos algunos tan conocidos como Tomás Cámara y Castro, futuro obispo de Salamanca, o Salvador Font, futuro comisario de la provincia y confesor de la regente María Cristina.

La misión de agustinos de 1864 –cuadragésimo primera de las salidas del real monasterio– se preparó definitivamente entre los meses de abril y mayo¹⁵. El P. Tirso López era su presidente. Lo que sucede a continuación es lo

de Breves concedió al diácono fr. Tirso López la dispensa de 18 meses de edad. También en: "Registro del Rmo P. Cuixart", *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano*, XIII, Madrid (1920), p. 95; RODRÍGUEZ, I., *Historia...IV*, p. 64. El 1 de noviembre de 1860 Cuixart solicitó la dispensa de 18 meses de edad a favor del corista diácono fr. Tirso López, y la facultad de extenderse en el nuevo Calendario a los PP. agustinos descalzos de España e Indias.

¹² Desde 1838 hasta 1893 se despacharon a las islas más religiosos agustinos que desde 1569 hasta 1831. RODRÍGUEZ, I., ÁLVAREZ, J., *Al servicio...* p. 91.

¹³ Para el caso de la Orden de San Agustín puede verse: BLANCO ANDRÉS, Roberto, "La administración parroquial de los agustinos en Filipinas: escasez de religiosos y secularización de curatos (1776-1820)", *Archivo Agustiniano*, 87, (2003).

¹⁴ Éstas son las misiones y el número de sus componentes: 1855: 20; 1858: 7; 1859: 23; 1863: 9. FONT, Salvador, *Memoria acerca de las misiones de los pp agustinos calzados en las islas Filipinas*. Madrid, imprenta de Don Luis Aguado, 1892, p. 76.

¹⁵ Con la misión de 1864 habían salido del mismo centro en total 481 misioneros desde su fundación. Fuentes: FONT, S., *op. cit.*, p. 76; DÍEZ GONZÁLEZ, Manuel, *Memoria acerca de las misiones en las islas Filipinas*. Madrid, Imprenta de Alejandro Gómez Fuentenebro, 1880, p. 67. Aunque este autor proporcione el número de 477 misioneros salidos de Valladolid, in-

que éste narra en su manuscrito y nosotros damos a conocer. Junto al fraile leonés iban otros dos presbíteros, Ángel Abásolo y Victoriano García, y quince estudiantes de Teología y Filosofía que habrían de terminar sus estudios en el convento de San Agustín de Manila, como venía siendo costumbre en la provincia por la apremiante necesidad de religiosos en la lejana colonia.

El viaje que nos narra el P. Tirso tiene la peculiaridad, aunque él no lo diga, de realizarse en una de las primeras fragatas de tipo “cliper” que se construyeron en España. Además, concretamente la *Guadalupe* fue la primera que se utilizó en el trayecto Cádiz-Manila. Este buque era propiedad del armador don Ignacio Fernández de Castro y fue su capitán don Ramón Muñoz de Bustillos¹⁶. Tras la salida el 11 de mayo del colegio la expedición viajó hacia el sur de la península, bien en ferrocarril o por el sistema de postas, hasta Cádiz. Una vez en esta ciudad el embarque se produjo el 20 de mayo. Después, tras 118 días de navegación, aproximadamente cuatro meses, número que entraba dentro de lo normal para la época, la tripulación puso pie en Manila. La travesía había bordeado África, doblado el cabo de Buena Esperanza y tocado tierra por primera vez en el estrecho de la Sonda (entre Sumatra y Java) para arribar finalmente a la ciudad del Pasig. Fue de los últimos viajes que se hicieron por el continente africano, pues desde 1869 los barcos se desplazaron a las islas Filipinas a través del canal de Suez. Ésta es, ciertamente, la singladura que relata el P. Tirso en el manuscrito inédito que aquí prologamos.

A continuación los misioneros agustinos de 1864 comenzaron una nueva vida en un país desconocido para ellos. De todos, el que menos tiempo habría de residir en Filipinas sería precisamente el autor de la memoria, como inmediatamente veremos. El resto permaneció hasta una media de veintidós años y medio. Con evidentes diferencias entre unos y otros, lógicamente. Así a los tres años de haber desembarcado en Manila habían fallecido dos frailes, Jacinto Díez –hermano del conocido P. Manuel Díez González– y Francisco Hermida, por enfermedad. Mientras que el resto moró en Filipinas como mínimo una década. Tres sobrepasaron los diez años de estancia. Siete los veinte. Dos los treinta. Y dos los cincuenta: Manuel Ibeas y Manuel Cama-

cluyendo la misión en la que iba Tirso López, se han de computar 481 (algo que se debe a un error en la suma). Además, durante este período, desde que sale la primera misión en 1747 hasta ésta de 1864, otros 65 religiosos profesaron en el colegio y no llegaron a su destino, por muerte anticipada, u otras causas. Para las misiones agustinianas a Filipinas puede consultarse: JORDE PÉREZ, E., *op. cit.*, y RODRÍGUEZ, I., *Historia...* VI, pp. 101-121.

¹⁶ GARAY UNIBASO, Francisco, *Correos marítimos españoles. Correos marítimos españoles a Filipinas (Yndias Orientales) y también a Marianas e Indochina*. Bilbao, Ediciones Mensajero, T. III (1521-1884), pp. 148-149.

ñes, quienes murieron en Cebú en 1918 y en Manila en 1919 respectivamente¹⁷.

Tras varios años en los que finalizaron sus estudios eclesiásticos, los integrantes de la hornada del sesenta y cuatro se repartieron entre los diversos destinos evangélicos de los agustinos en Filipinas. La mayoría desempeñó sus trabajos religiosos en las islas de Visayas, especialmente en Panay y Cebú, y el resto en las diócesis de Nueva Segovia y Manila, en la gran isla de Luzón. Sólo fr. Tirso López permaneció en Manila dedicado a la docencia, tal y como había realizado en Valladolid.

En efecto el P. López permaneció dos años en el convento de San Agustín de Manila explicando Teología Dogmática¹⁸, Moral y Derecho Canónico¹⁹. Para el escaso bienio que vivió en la capital de las islas cundió sobremanera su tiempo. En 1865 fue nombrado vocal de la Junta de Censura, creada por Real Orden de 1853 para juzgar los libros y periódicos que habían de circular por el archipiélago, y también, a instancias del arzobispo de Manila Gregorio Melitón Martínez y Santa Cruz, integrante de la junta de teólogos que habría de examinar la autenticidad de la reliquia de San Martín de Aguirre, mártir del Japón²⁰.

3. Docente e impulsor de los estudios eclesiásticos en la provincia

De todos los integrantes de la misión del año sesenta y cuatro Tirso fue el primero en abandonar las islas²¹. En 1866 navegaba hacia la península para impartir clases en el monasterio de Santa María de La Vid (Burgos)²², anti-quísimo centro que había pertenecido a los frailes premostratenses desde su fundación en el siglo XII hasta 1835 y adquirido por los agustinos exactamente treinta años más tarde. Este acrecentamiento patrimonial podría re-

¹⁷ Ninguno de ellos murió en la guerra y revolución, tal y como afirma Teófilo Aparicio al decir que Tirso López fue destinado a Filipinas "al frente de una nutrida misión de jóvenes religiosos agustinos, muchos de los cuales caerían años adelante víctimas de la revolución catipunera". APARICIO LÓPEZ, T., *Agustinos españoles...*, I, p. 218.

¹⁸ Sobre el discutido nombramiento en maestro de Teología al P. Tirso véase: RODRÍGUEZ, I., "Maestros y lectores...", pp. 267-268.

¹⁹ Años después Tirso López escribiría algún artículo sobre el expresado monasterio, como el publicado en *La Ilustración Católica*, IV, Madrid, 1881, pp. 38-39. Trabajo, por cierto, que contiene varios errores, como ha reseñado el P. Isacio (*Historia...IV*, pp. 169-173)

²⁰ HERNANDO, B., *op. cit.*, I, p. 308.

²¹ El mandato de volver a España le fue dado el 24 de abril de 1866. HERNANDO, B., *op. cit.*, I, p. 308.

²² No en 1867 como ha señalado Merino (*op. cit.*, p. 297).

sultarnos extraño de no tener constancia de la exención de los decretos desamortizadores reconocidos por el Gobierno para las órdenes religiosas de ultramar en España. Medida de la que disfrutaron también agustinos recoletos, dominicos y franciscanos de Filipinas, y que se adoptó no como reconocimiento alguno hacia la labor religiosa que desempeñaban sino por su importancia geopolítica en la conservación del dominio hispano en el archipiélago filipino.

El P. López había sido designado profesor de La Vid en el definitorio privado celebrado en Manila a principios de 1866²³. Junto a él se nombraron para el mismo centro como rector a Apolinario Álvarez, vicerrector a Lucas González y regente de estudios a Joaquín García. El 28 de julio el comisario agustino Celestino Mayordomo dio posesión a todos de sus respectivos cargos²⁴. Con la adquisición del complejo burgalés, los estudios quedaron organizados dentro de la provincia del siguiente modo: el colegio de Valladolid acogió el Noviciado y el estudio de Artes, y la casa de La Vid los cursos de Teología.

El religioso leonés tuvo a su cargo en el cenobio vitense las asignaturas de Teología Dogmática y Moral, Derecho Canónico, Escritura Sagrada e Historia Eclesiástica y Contemporánea. En el capítulo celebrado en 1869 recibió a su vez el título de lector y regente de estudios²⁵. Entre los numerosos alumnos que pasaron por sus aulas, podríamos recordar al P. Tomás Cámara y Castro, futuro obispo de Salamanca, a quien el mismo Tirso López junto a Joaquín García otorgó en abril de 1870 una cátedra²⁶. En 1881, tras quince años de docencia en La Vid, regresó a Valladolid como maestro de novicios, concediéndosele además el título y honores de lector jubilado²⁷. El mismo religioso se sentía muy cómodo en el ejercicio de la enseñanza. Hasta el punto de que en varias ocasiones rechazaría ocupar responsabilidades superiores para

²³ No es cierto, por tanto, que inicialmente fuese destinado como lector en Valladolid como señala: RODRÍGUEZ, I., "Maestros y lectores...", p. 267.

²⁴ Fue el provincial Nicolás López quien se encargó de confirmar todos los nombramientos en Manila el día 22 de marzo de 1866. ALONSO, José Ignacio, "El monasterio de Santa María de la Vid colegio-seminario de los agustinos filipinos (1865-1926)", *Archivo Agustiniانو*, 78 (1994), pp. 227.

²⁵ Según Miguel de la Pinta hubo de hacer renuncia al cargo en el capítulo de 1873 al establecer la unión de las regencias a los rectorados, con el objetivo de robustecer la autoridad de los rectores en los colegios de Valladolid, La Vid y Manila. PINTA LLORENTE, M., de la, *art. cit.*, p. 302.

²⁶ HERNANDO, B., *op. cit.*, I, p. 251. El 26 de abril de 1870 Tirso López explicaba a Casimiro Herrero que el P. Cámara había superado con brillantez los ejercicios del lectorado (RODRÍGUEZ, I., *Historia*, IX, p. 254).

²⁷ Para la concesión de tal honor se eximió al P. López del conocimiento de uno de los idiomas que se requerían para el disfrute de todos los privilegios inherentes a la figura del lector jubilado. RODRÍGUEZ, I., "Maestros y lectores..." p. 267.

dedicarse a aquello en lo que se veía más capacitado, en sus palabras: “traer jóvenes y educar en el claustro novicios”²⁸.

Durante todo este tiempo Fr. Tirso se mostró como un ávido reformista de los planes de estudio de la provincia, cuestión que se venía meditando desde años atrás entre las cabezas pensantes de la corporación. Efectivamente, el religioso estuvo al tanto de las modificaciones que se llevaron a cabo en 1865, que cambiaba el programa hasta entonces vigente de 1785²⁹, y sobre todo en 1869, en que se apostó por una nueva orientación intelectual y científica más acorde con los tiempos. Aunque hubo inercias contrarias, especialmente por parte de aquellos sectores que temían que se desvirtuase la esencia misionera de la Orden, tal y como se demostró cuatro años más tarde en la siguiente convocatoria capitular, lo cierto es que esta alborada intelectual continuó. Y la prueba de ello es el plan de estudios auspiciado por el provincial José Corugedo y confeccionado en el capítulo de 1877, verdadero punto cenital de esta nueva vocación. En virtud del mismo se ensanchó enormemente el horizonte de la enseñanza y el estudio en la provincia, hoyando un surco hasta entonces inédito. Entre las alteraciones introducidas destacaban la ampliación de la carrera sacerdotal en dos años, estableciéndose de este modo tres años de Filosofía y cinco de Teología, y el envío a Roma de jóvenes dotados de sobresalientes cualidades morales e intelectuales con el objeto de conseguir una mayor especialización. Corugedo contó en España con el apoyo de Manuel Díez González y Tirso López Bardón, quienes coadyuvaron grandemente con sus trabajos previos. Otros promotores de este movimiento fueron los PP. José López Mendoza, Tomás Rodrigo, Fernando Magaz, Joaquín García y Vicente Fernández³⁰.

Otro fruto especialmente celebrado de este ópimo capítulo de 1877 fue la *Revista agustiniana* (poco después *La Ciudad de Dios*), que apareció por vez primera el 5 de enero de 1881 bajo la dirección de Tomás Cámara. La revista se puso a la vanguardia en la renovación de las tradiciones agustinianas, encarnando el anhelo por mejorar la preparación y formación de los sacerdotes. Fue sin duda un bonito escaparate de la Orden. El mismo Tirso López fue uno de sus redactores³¹. La ilusión generada entonces queda retratada en

²⁸ ORCASITAS, Miguel Ángel, *Unión de los agustinos españoles (1893). Conflicto Iglesia-Estado en la Restauración*. Valladolid, Editorial Estudio Agustiniano, 1981, p. 100.

²⁹ Sólo modificado en 1819 y 1831. Véase: ORCASITAS, M. A., *op. cit.*, p. 102; HERNAN-DO, B., *op. cit.*, I, pp. 270-271.

³⁰ *Ibid.*, p. 279; RODRÍGUEZ, I., *Historia...* IX, p. 255.

³¹ Aparte de Tirso López, formaron parte del cuerpo de redactores: José López, Tomás Rodríguez, Vicente Fernández, Bonifacio Moral, Pedro Fernández, Fermín Uncilla, Conrado Muiños y Marcelino Gutiérrez.

estas líneas de Conrado Muñíos, que soñaba en convertir el colegio de Valladolid, en donde se escribía la *Revista Agustiniiana*, en

“...el San Agustín de Salamanca de los nuevos tiempos, y en que teníamos también a las orillas del Pisuerga una quinta como la de la Flecha de las orillas del Tormes, con su huerto y con sus árboles y sus brisas y sus flores, con su fontana pura y sus ruiseñores ocultos en la arboleda, y hasta con sus diálogos, no tan profundos, pero sí tan sabrosos como los de los “Nombres de Cristo”, diálogos en los cuáles repartía yo el grave papel de Marcelo a nuestro común Maestro, el sabio y venerable P. Tirso López; el del agudo Juliano al P. Cámara, y reservábame el de Sabino, por lo joven, por lo discípulo, por lo poeta y por mi condición de pájaro, aficionado a cantar en viendo lo verde. ¡Santos y hermosos recuerdos que pasaron para no volver”³².

Todas estas mutaciones, el envío de jóvenes a Roma, la mejora de la instrucción religiosa, la *Revista Agustiniiana*, y la confección y distribución de textos por el profesorado de la provincia entre los diversos centros de Valladolid, La Vid y El Escorial, adquirido en 1885, rubrican un nuevo período de prestigio y renovación. Sin duda fue el mejor momento en la historia de la provincia, tanto en España, como en Filipinas, donde además de ser la orden religiosa más numerosa y extensa, puso en funcionamiento en la segunda mitad del siglo XIX una ambiciosa empresa misional especialmente en la cordillera del centro y norte de Luzón.

Fr. Tirso López Bardón participó activamente en la transformación intelectual acontecida en la provincia. De hecho contactó con grandes prohombres de las letras españolas, como Marcelino Menéndez Pelayo, con quien mantuvo una fluida correspondencia epistolar. El ilustre polígrafo montañosés aplaudió el trabajo de estos religiosos, muy especialmente el facturado en la *Revista Agustiniiana*, la cual recibe como “agradable visita” y en cuyas páginas –explica en una ocasión al P. Tirso– encuentra “deleite y enseñanza”³³. Sintomático, sin duda, del paulatino renombre alcanzado por la citada publicación³⁴.

El nuevo rumbo emprendido en la provincia siguió tropezando con fuertes dificultades internas. Hasta el punto de que los sectores más tradicionales, asustados ante los cambios y partidarios de seguir potenciando la fibra misionera de la corporación, intentaron abolir la promoción de los estudios

³² MUIÑOS, Conrado, “La orden agustiniana y la cultura española en el siglo XIX”, *La Ciudad de Dios*, 85 (1911), p. 354.

³³ APAF 1170/13. Madrid, 17-XI-1885. M. Pelayo a T. López

³⁴ Marcelino Menéndez Pelayo situaba a los agustinos a la cabeza de la renovación de sus tradiciones de cultura histórica.

en el capítulo provincial de 1885. Entre las determinaciones del mismo destacaban, entre otras, las que reducían nuevamente la carrera eclesiástica y las que suspendían el envío de jóvenes a Roma³⁵. No obstante, el revés fue superado ampliamente por la intervención del Papa León XIII, y la llegada a la comisaría apostólica del P. Manuel Díez González, gran promotor de los estudios. Tirso López lo acompañaría como su asistente general³⁶.

La imposibilidad de conjugar letras y misión había ido facturando una división fatal en el seno de la provincia: Los partidarios de supeditar los estudios a la exclusividad misionera, llamados “filipinos” o “misioneros”, y los de la promoción intelectual y científica, conocidas como “intelectualistas” o “españoles”. Fr. Tirso López se encontraba entre los segundos, como promotor que era de los estudios en las casas de la península. Era de aquellos, aplicando unas palabras de Lope Cilleruelo, que “ya no veían tan sólo delante de sí los campanarios de Filipinas, sino las cátedras y los métodos de enseñanza”³⁷. El grupo “intelectual” tenía recortados muchos de sus derechos a tenor de las constituciones de la Orden aprobadas por Agostino Gioia en 1746, pues éstas establecían que nadie podía desempeñar otras funciones si antes no había estado en Filipinas. Se daba el caso de que con la dedicación paulatina a las cátedras de enseñanza muchos frailes finalmente no partían para el archipiélago, quedando así en inferioridad de condiciones frente aquellos que regresaban tras largos años de trabajo en las misiones o parroquias del país. La única solución para salvar esta situación para el grupo “intelectual”, vistas las dificultades por modificar la fisonomía de la provincia y las simpatías con que contaban en Roma, pasó por promover la unión de la provincia al resto de la Orden, de la que se encontraba separada desde 1804. Y fue el P. López uno de los primeros en plantearla. En tan temprana fecha como 1878 comunicaba al historiador agustino Lanteri que el deseo de unión era común en la provincia y compartido

³⁵ Información sobre lo obrado en este capítulo en: RODRÍGUEZ, I., “Capítulo provincial de 1885 de la Provincia de Filipinas. Estudios eclesiásticos y tradición misionera”, *Archivo Agustiniiano*, 75 (1991), pp. 195-263.

³⁶ Junto a él también fueron nombrados asistentes generales los PP. Mateo Agüería, que fallecería poco después, Joaquín García y Santiago Muñiz, y para el cargo de secretario general a Agapito Aparicio. La Congregación de Obispos y Regulares autorizó las designaciones el 17 de septiembre de 1888. RODRÍGUEZ, I., *Historia...IX*, p. 333. B. Hernando (*op. cit.*, I, p. 309) dio equivocadamente como fecha de nombramiento septiembre de 1887. Por otra parte, en 1893 se concedieron a Tirso López los honores de ex asistente general. *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano*, I (1914), pp. 17, 40.

³⁷ CILLERUELO, Lope, “El colegio de Valladolid división y unidad de los agustinos españoles”, *Archivo Agustiniiano*, 53 (1959), p. 10. También el mismo autor en “El rvdmo p. Maestro Fr Eustasio Esteban, prior general de la orden de San Agustín (1860-1945)”, *Archivo Agustiniiano*, 49, Madrid (1955).

por los superiores³⁸. Noticia sorprendente por la falta de similares registros hasta años posteriores, pero que en todo caso hace suponer que buena parte del profesorado de la provincia ya comulgaba entonces con la posibilidad de realizarla, quizá inspirándose en la verificada por los dominicos en 1872. Fr. Tirso continuó en los años siguientes haciendo proselitismo entre los estudiantes sobre las posibles ventajas que reportaría la unión de la provincia al general de la Orden y escribiéndose con las autoridades de ésta para solicitarla³⁹.

La deseada unión llegó en 1893, pero el modo de llevarse a cabo, sin el conocimiento de una buena parte de los superiores de la provincia, hirió bastantes susceptibilidades y dejó servido el conflicto, no sólo dentro de la corporación sino también en las relaciones España-Roma⁴⁰. Hasta el mismo P. Tirso López, antes difusor del unionismo, se manifestó en contra de las maneras empleadas en Roma y por los estudiantes⁴¹. Cuando en el fragor del litigio entre tirios y troyanos se le propuso como procurador general de la Orden, en reconocimiento por su antigua labor en defensa de la unión, lo rechazó en mayo de 1894 con cierta acritud⁴². El religioso se encontraba entre los consejeros de Díez González y, en consecuencia, no podía estar de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos, como tuvo ocasión de manifestar al general de la Orden⁴³. Es más, como “anti-unionista” maniobró para la retirada del decreto, buscando atraer personalidades, como la del arzobispo de Valladolid Antonio María Cascajares, para la causa⁴⁴. Fue grande el desencuentro en la provincia entre partidarios y detractores del rescripto papal de 1893⁴⁵. Al final no hubo posibilidad de entendimiento. En el capítulo general de 1895 se estableció una nueva provincia, la del Sagrado Corazón de Jesús o Matritense⁴⁶, desgajada de la de Filipinas⁴⁷. Tirso López continuó en esta última.

³⁸ ORCASITAS, M. A., *op. cit.*, p. 131.

³⁹ *Ibid.*, p. 132.

⁴⁰ Estudiado ampliamente en: ORCASITAS, M. A., *op. cit.*,

⁴¹ Los estudiantes llegaron a promover en una de sus exposiciones la sustitución de Manuel Díez González en la comisaría apostólica por Tirso López. ORCASITAS, M. A., *op. cit.*, p. 128.

⁴² Eduardo Navarro decía en carta al provincial que la designación le había sentado “como un sinapismo”. APAF 980 fol 30, 10-V-1894.

⁴³ ORCASITAS, M. A., *op. cit.*, p. 197.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 240-241.

⁴⁵ Véase: BLANCO ANDRÉS, R., “Eduardo Navarro, procurador de la provincia de Agustinos de Filipinas (1893-1897)”, *Archivo Agustino*, 85 (2001), pp. 4-23.

⁴⁶ Erigida canónicamente el 4 de diciembre de 1895. La matritense se constituyó con el monasterio de El Escorial, el colegio de Alfonso XII, el colegio de Estudios Superiores María Cristina y el colegio de Palma de Mallorca. Además tendría todo el personal necesario para el sostenimiento del culto divino, la enseñanza, *La Ciudad de Dios*, etc. Su primer provincial fue Bonifacio Moral.

⁴⁷ Fr. Tirso López acudió al capítulo, celebrado en Roma. APARICIO LÓPEZ, T., “Una memoria sobre El Escorial que hace historia en la orden de San Agustín”, *Archivo Agustina-*

4. Historiador de la Orden de San Agustín

Completa esta breve semblanza biográfica, introductoria al manuscrito inédito reproducido en este artículo, la mención a sus trabajos históricos y culturales. Tirso López Bardón es un inquieto estudioso, versado bibliógrafo y gran conocedor de la Orden de San Agustín, pero no es un eficiente historiador. Su producción no es extensa, y se limita, en palabras de Fraile Míguez, “a continuar, pulir, perfeccionar, descubrir y anotar obras ajenas tan difíciles y variadas como las de Berti, Lanteri, Díaz, Crusenio, y los siete volúmenes latinos de Fr. Luis de León”⁴⁸.

Solamente Bernardo Martínez Noval se ha atrevido a glosar elogiosamente, y con acentuado tono hagiográfico, la obra histórica del personaje. Conocemos la opinión del que fuera obispo de Almería, que gasta en sus escritos habitualmente un marcado tono hiperbólico y falto de aparato crítico, con ocasión del panegírico redactado a la muerte de fr. Tirso. De ahí el deje, en cierto modo, triunfalista:

*“Consagró toda su vida a un género de trabajo que casi tan sólo apreciarán las generaciones del porvenir, pues sus libros no son de aquellos cuya lectura nos entretenga y fascine, sino de la que cansa por su pesadez y monotonía, pero constituirán acaso una de las principales fuentes a que acuda el historiador para orientarse en sus investigaciones, en la narración de hechos y muy particularmente en el catálogo de las grandes figuras que produjo hasta el final del siglo XVIII la Orden de San Agustín”*⁴⁹.

Fuera de esta elegía, han llovido más reparaciones y censuras que elogios. Siendo la principal, seguramente, la pronunciada años después por el agustino Miguel de la Pinta Llorente, quien señala que su obra adolece de defectos históricos y de falta de comprobación con las fuentes, lo que le conforma como un historiador de “segunda mano”:

“Resulta así la labor histórica del P. Tirso López una labor muy modesta. No le podríamos nunca adjudicar los laureles del historiador en el sentido claro y nobilísimo de este vocablo. Como anteriormente anotamos, todos sus trabajos adolecen de ausencia total de investigación y de espíritu erudito. Son sus libros históricos repertorios donde almacena y recoge nombres y

no, 64, (1980), p. 318; RODRÍGUEZ, I., *Historia...* XII, p. 524. En Roma, León XIII le concedió el título de “Misionero Apostólico”, y por privilegio especial se le otorgaron honores de asistente general *in curia* (HERNANDO, B., *op. cit.*, p. 309).

⁴⁸ FRAILE MÍGUEZ, M., *art. cit.*, p. 29.

⁴⁹ MARTÍNEZ NOVAL, B., *art. cit.*, p. 342.

más nombres de personalidades religiosas de la Orden de San Agustín, cuyas biografías están ya trazadas por cronistas y escritores de la Corporación, y cuya labor intelectual está más o menos conocida"⁵⁰.

A pesar de los reproches que puedan hacerse a los trabajos del P. Tirso lo cierto es que sus obras son relativamente conocidas entre los historiadores de la Orden de San Agustín⁵¹. Caben citarse, entre las más significativas, la continuación junto a Lanteri del *monasticón* de Crusenio, editado primeramente en la *Revista Agustiniana* y después como volumen aparte⁵²; la edición y notas de la segunda parte de las *Conquistas de las Islas Filipinas*⁵³ de Gaspar de San Agustín, realizada por el P. Casimiro Díaz, primero publicada en la *Revista Agustiniana-La Ciudad de Dios* y después como libro en 1890⁵⁴; la continuación de la *Historia Eclesiástica* de Berti; y la dirección de la edición, junto a Marcelino Gutiérrez, de las obras de Fr. Luis de León, costeadas por Tomás Cámara⁵⁵.

Este escritor en latín también cosechó otras inquietudes, como la de coleccionar monedas romanas, fruto de sus visitas a las ruinas de Clunia, próxima a La Vid⁵⁶, en sus años de profesor en el centro. Asimismo promovió la ampliación en Valladolid de los gabinetes de Física, Química e Historia Natural, de acuerdo a los avances de la ciencia⁵⁷. Pero quizá, de todas fue la afición a los libros su aportación más destacada. En este punto Tirso López compitió con Eduardo Navarro en la creación de una gran biblioteca en el colegio de

⁵⁰ PINTA LLORENTE, M., de la, *art. cit.*, pp. 311-312.

⁵¹ Para sus obras véase: MORAL, B., "Catálogo de escritores agustinos españoles, portugueses y americanos", *La Ciudad de Dios*, LXVIII, Madrid (1905), pp. 481-484; RODRÍGUEZ, I., ÁLVAREZ, J., *Labor científico-literaria...* pp. 292-293.

⁵² El nombre completo es *Monastici Augustiniani R. P. Fr. Nicolai Crusenii atque ad illud additamenta sive Bibliotheca Manualis Augustiniana in qua breviter recensentur Augustinienses utriusque sexus virtute, litteris, dignitate ac meritis insignes recensentur ab anno 1620 usque ad 1700*. Volumen II, Vallisoleti, 1903; III, Vallisoleti, 1916: Una crítica en RODRÍGUEZ, I., *Historia...* IV, pp. 438-442. Descripción en: RODRÍGUEZ, I., ÁLVAREZ, J., *Fondo de Filipiniana* "...", II, pp. 483-483, III, 140-141.

⁵³ Fue publicado en Madrid en 1698.

⁵⁴ BLAIR, Emma Helen y ROBERTSON, James, A., *The Philippine Islands, 1493-1898*. Cleveland-Ohio, 1903-1909. volumen 53, pp. 123, 137. Isacio Rodríguez opina (*Historia...* I, p. xiv) que el trabajo del P. López se "redujo más o menos a descristianizar al P. Casimiro, que pecaba con exceso de milagrero, amén de otros varios defectos. Y no es que neguemos competencia y sabiduría al P. Tirso; estamos convencidos de que la falta de anotaciones y correcciones al original del P. Casimiro se debe más a la estrechez de espacio en la Revista que a condescendencia con los errores estampados".

⁵⁵ HERNANDO, B., *op. cit.*, I, p. 288.

⁵⁶ ALONSO, J. I., *art. cit.*, pp. 224-225.

⁵⁷ FRAILE MÍGUELEZ, M., *art. cit.*, p. 28.

Valladolid. La del primero sobre todo lo referente a la Orden de San Agustín, de la que fue cronista⁵⁸, la del segundo sobre lo tocante a Filipinas⁵⁹. Verdaderamente fue un apasionado de los libros, los cuales frecuentemente abarrotaban su celda en largas jornadas de trabajo, tal y como nos explica el bibliógrafo Antonio Blanco:

“La librería del P. Tirso es un retrato vivo de la intensa cultura, del gusto, un tanto arcaico, y del exquisito tacto con que procedió durante cuarenta años en la selección de los monumentos literarios de que se halla su atiborrada celda: es un problema el moverse dentro de ésta sin tropezar con infolios, pergaminos y papeles de toda clase, amontonados desde el suelo al techo, y no es menos notable la seguridad con que se dirige su poseedor a cualquier punto de aquel, al parecer informe laberinto, y encuentra la más insignificante nota de un periódico, de una carta o de documento histórico. Abundan en la librería del P. Tirso obras de toda clase de literatura, pero dominan las históricas, a cuyo cultivo consagró desde joven sus talentos y prodigiosa memoria. De esta librería hemos tomado nota de las obras que no se encuentran en la Biblioteca y del Colegio, pues no tolera el P. Tirso, que los libros por él reunidos, sean considerados de otro modo que formando parte de aquella, y es una de sus mayores satisfacciones el que todos los religiosos disfruten y registren su librería”⁶⁰.

Sus trabajos históricos y bibliógrafos le propiciaron la entrada en la Real Academia de la Historia desde el año 1882⁶¹ y en el colegio de Doctores de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Valladolid. También fue examinador sinodal del arzobispado de la misma ciudad. Otros cargos que

⁵⁸ “El M. R. P. Fr. Tirso López, –señala Retana– preciadísimo ornamento de la provincia de Filipinas, ha sido nombrado historiador de toda la Orden de San Agustín”. RETANA, W, E., *Política de España en Filipinas*, a. V, n. 124 (Madrid, 1895), pp. 287-288.

⁵⁹ Para ésta pueda verse: BLANCO ANDRÉS, R., “Eduardo Navarro y la creación de la Biblioteca Filipina del Real Colegio seminario de Agustinos de Valladolid”, *Investigaciones Históricas*, 21, época Moderna y Contemporánea, Valladolid, (2001), pp. 231-247.

⁶⁰ BLANCO, Antonio, *Biblioteca bibliográfico-agustiniana del colegio de Filipinos de Valladolid*. Valladolid, 1909, p. LXXXIV-LXXXV. Coincide con este parecer el cronista García Valladolid, quien en la nota necrológica que escribió en el *Diario Regional* afirma: “entre aquellos varones esclarecidos, descollaba el anciano, venerable y sapientísimo, P. Tirso López Bardón, en cuya modesta celda era muy difícil entrar y poner los pies, pues paredes, mesas, sillas, suelo, estantes y todo estaba allí inundado de un mar riquísimo de libros, papeles, revistas, folletos y cuartillas, tesoro hermoso de estudios y erudición”; similares palabras de admiración expresa Atilano SANZ PASCUAL, en la *Historia de los Agustinos Españoles*. Madrid, Ed. Senén Martín, 1948, c. 74, p. 546: “su celda era una abarrotada biblioteca de excelentes y raros libros, de los que con frecuencia nos encargaba copiarle puntos para la documentación de sus escritos” (cit: APARICIO LÓPEZ, T., *Agustinos...*, I, p. 220).

⁶¹ Fue académico numerario entre el 6 de julio de 1913 y el 2 de septiembre de 1915.

desempeñó, dentro de la corporación, fueron los de definidor (1905) y vicario provincial durante la visita que el provincial José Laviana giró en 1908 a las repúblicas americanas⁶². Religioso reconocido, fue propuesto para el obispado de Cuenca, si bien renunció a ocupar su silla. “Más quiero –justificaba el leonés– presentarme en el juicio divino con las insignias del fraile que con la mitra y el báculo”⁶³. Tirso López falleció el 9 de julio de 1918 en el colegio de Valladolid. Tenía ochenta años⁶⁴.

⁶² HERNANDO, B., *op. cit.*, I, p. 309-311; *La Ciudad de Dios*, XIV, 1887, p. 146; MARTÍNEZ NOVAL, B., *art. cit.*, p. 348.

⁶³ La propuesta se realizó en 1890. B. Martínez Noval (*op. cit.*, p. 348) señala que el ofrecimiento fue para el obispado de Badajoz. T. Aparicio (*Agustinos españoles...* I, p. 219) afirma que también fue propuesto para otras diócesis, sin especificar cuáles. Resulta significativo el pretexto argüido por fr. Tirso para renunciar por todos los medios a tal dignidad. En diversas cartas, primero al nuncio, y después al ministro de Gracia y Justicia, adujo que no podía aceptarlo por ser de “familia y condición carlista”, lo cual sorprendió a sus hermanos de hábito, pues nunca había manifestado inclinaciones política (ORCASITAS, M. A., *op. cit.*, p. 100).

⁶⁴ Así rezaba su esquelera en *La Ciudad de Dios*: “Ex Asistente General de la Orden Agustiniense y Cronista de la misma desde el año 1896, del Claustro de Doctores de la Universidad Pontificia de Valladolid y de la Comisión Provincial de Monumentos históricos y artísticos, Misionero Apostólico de la S. Congregación de Propaganda Fide, Socio Correspondiente de la Real Academia de la Historia, etc. 25 Mayo 1834- 9 julio 1918”. La fecha de nacimiento está confundida, pues es 1838, no 1834. Otras notas necrológicas, a parte de las ya mencionadas de B. Martínez Noval (quien reproduce en *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano* con el título “El M. R. P. Maestro Fr. Tirso López y Bardón”, X, Madrid (1918) la que ya hemos citado en *España y América*) y M. Fraile Míguez, fueron las siguientes: *Analecta Augustiniana*, VII, Roma (1917-1918), pp. 498-409, incluye nota biográfica y fotograbado; MARTÍNEZ, Aurelio, “Oración fúnebre en el capítulo provincial de 1918”, *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano*, Madrid (1918), pp. 124-125; RODRÍGUEZ, B., “El P. Tirso López”, *La Ciudad de Dios*, CXIV, Madrid (1918), pp. 173-176.



Tirso López Bardón⁶⁵

**VIAJE DEL R. P. FR. TIRSO LÓPEZ Y SUS DIEZ Y SIETE
COMPAÑEROS, RELIGIOSOS TODOS DEL ORDEN DE S.
AGUSTÍN, DESDE CÁDIZ A MANILA EL AÑO DE 1864,
EN LA FRAGATA GUADALUPE⁶⁶.**

Hay días en la vida del hombre, lo mismo que en la de los pueblos, que forman época en su historia: días dignos de eterna memoria, por las vivas emociones que causan, y por los gratos recuerdos que excitan. Tal es para mí

⁶⁵ Así lo describía físicamente M. Fraile Miguélez: “rostro venerable, terso y sonrosado, su cabeza nimbada por limpia calvicie prematura que le daba el aspecto de cerquillo natural; su frente sin arrugas, espaciosa y ancha, su dulce mirar y suave sonreír, sus finos modales, sin afectación, carácter tímido y bondadoso. De andar reposado y grave”. FRAILE MIGUÉLEZ, M., *art. cit.*, p. 17.

⁶⁶ APAF 344/8.

ciertamente el 28 de abril de 1864⁶⁷, día en que recibí el mandato de pasar a las islas Filipinas con mis compañeros de misión, cuyo viaje, con los principales sucesos que en él ocurrieron desde ese día voy a referir brevemente. No se busque en mi narración la elocuencia del orador, no la sublimidad del poeta, ni siquiera los adornos propios de la historia, pues sólo me propongo un relato breve, claro y sencillo.

El mencionado 28 de abril, a las dos y media de la tarde, después de rezar Completas⁶⁸, se levantó el R. P. Rector de su asiento⁶⁹, y habiendo dicho: siéntese la comunidad⁷⁰, leyó la lista o nómina de los que habíamos de ir de misión. Apenas la había leído, en todos mis compañeros comenzó a notarse una santa alegría. La sonrisa que asomaba a sus labios, con los vivos colores que aparecían en sus mejillas, daban a entender claramente que se hallaban poseídos de un santo regocijo interior, viendo que ya era llegado el día en que iban a cumplir lo que habían prometido a consagrarse a Dios por medio de su profesión solemne⁷¹. Todos sus deseos y aspiraciones, desde el día que habían entrado en el claustro, eran dedicarse a la conversión e instrucción de aquellos pobres o infelices indios que “sentados en las tinieblas y sombra de muerte” de la infidelidad y del pecado, esperaban la luz de nuestra Santa Religión, a fin de participar de los inestimables beneficios de la Pasión sacrosanta de nuestro Señor Jesucristo. ¿Cuál sería su consuelo y placer viendo que se cumplían sus esperanzas? ¿Cuál su satisfacción al considerar que se acercaba, o que había (más bien) llegado el momento en que iban a sacrificar a su Dios la vida que él graciosamente les había dado, empléandola en atraer a la verdadera religión, a los que se hallan extraviados y fuera de ella, (que aunque ajenos a la verdad, son hermanos nuestros descendientes del primer hombre) obra ésta la más grande, la más heroica, y la más acepta a los ojos divinos, por la que el mismo señor se hizo hombre y padeció una muerte tan afrentosa? Sólo el que lo experimenta podrá decir lo que pasaba en aquellos pechos, si la lengua es capaz de explicar lo que en tales casos el corazón experimenta: que a decir verdad la lengua casi es muda en comparación de lo activo que es el espíritu, y lo que la voz manifiesta sólo puede ser un reflejo pálido y descolorido del interior del hombre.

⁶⁷ La licencia de embarque había sido concedida diez días antes, el 18 de abril, por el ministro de Ultramar Antonio Cánovas del Castillo. RODRÍGUEZ, I., *Historia...*, XII, p. 378.

⁶⁸ Última parte del oficio divino, con que se terminan las horas canónicas del día.

⁶⁹ A la sazón el P. Manuel Díaz.

⁷⁰ Todos las palabras subrayadas lo son también en el original.

⁷¹ Voto que estaba en consonancia con la bula papal *Iustus et honestis petentium votis*, emitida por el Papa Clemente XII en el año 1736.

Aunque todos nuestros ejercicios desde la entrada en el Colegio son una preparación continua para emprender nuestras apostólicas tareas, desde este día procuramos prepararnos con más fervor, aumentado las piadosas prácticas, frecuentando los sacramentos, y teniendo diez días de ejercicios espirituales, en los que la continua asistencia al Coro, las oraciones no interrumpidas, el recogimiento, el retiro, y el silencio que con puntualidad se observa, no pueden menos de hacer que desciendan del cielo raudales de gracias para cumplir mejor nuestro santo ministerio.

En estas ocupaciones llegamos al día 11 de mayo en que habíamos de salir de nuestro amado Colegio, dándole un adiós acaso para siempre⁷², lo que verificamos del modo siguiente:

Nos confesamos todos la víspera por la noche, o aquel mismo día temprano; y a eso de las nueve de la mañana celebramos una solemnísima misa, haciendo de ministros y acólitos algunos de mis compañeros, y cabiéndome a mí la honra de hacer en ella de Preste⁷³. Recibieron los demás la comunión de mi mano, conociéndose por la compostura de su semblante, y las lágrimas afectuosas que por más de un rostro corrían, el fruto que de aquella comunión habrán sacado y las buenas disposiciones con que se acercaban a la sagrada Mesa. Concluida la misa y tomado algún alimento, nos retiramos a nuestras celdas a descansar un poquito, y recibir las muchas visitas que por despedida tuvieron a bien hacernos nuestros amigos.

Todo el día estuvo el Colegio lleno de parientes y conocidos de los que marchábamos, que enternecidos y llorando cual magdalenas, daban el último abrazo. ¡¡Espectáculo tierno!! Cuando tendían sus brazos sobre nuestros hombros, todos daban rienda a sus lágrimas, que cual torrentes caían sobre nuestras mejillas, y sus brazos parecía no podían separarse de nuestros cuellos, como si algún imán los tuviese allí sujetos. Aquello parecía un mar de lágrimas, pues nos lloraban tanto y más como si nos contemplaran muertos.

⁷² El P. Tirso López regresaría dos años después, como queda explicado en el artículo, como profesor en el monasterio de Santa María de la Vid.

⁷³ Así refiere Fraile Míguez la compostura del P. Tirso en la celebración de la liturgia eucarística: "Daba gloria verle celebrar el santo sacrificio de la Misa, siempre a la misma hora y mucho antes de rayar el alba, tras de intensa preparación. En ese acto imponente parecía transfigurarse. El rostro se le ponía como el carmín, y el corazón parecía salirsele del pecho por los afectos. ¡Con que unción, con qué ternura, con qué pausa, gravedad y fijeza, con qué ímpetu a veces pronunciaba todas las palabras y atendía a todas las ceremonias! De tal modo se compenetraba de tan grandioso acto, que parecía no vivir en sí, extraño a cuanto le rodeaba. Y esa honda emoción solía durarle hasta consumir. Después se quedaba más tranquilo y sosegado, como un niño que en los brazos de su madre viera saciados sus deseos". FRAILE MIGÚEZ, M., *art. cit.*, p. 20.

En esta escena pasamos todo el día hasta que llegaron las ocho de la noche, en cuya hora fuimos a cenar vestidos ya de paisanos, con pantalón negro, levita de un mismo color y gorra también negra. Nuestros hermanos del Colegio y muchos de nuestros amigos que querían ir con nosotros al ferrocarril no se separaron un punto de nuestro lado: a donde quiera que íbamos ellos seguían nuestros pasos. Llegaron por fin las diez de la noche, hora en que teníamos que separarnos de la santa casa en que renunciando al mundo nos habíamos consagrado a Dios, y hora la más tierna que he vivido en toda mi vida.

Al sonido de la campana todos nos juntamos en la iglesia y puestos de rodillas delante del altar, en dos filas, a la luz de gran número de velas, que en él ardían, comenzamos a rezar el itinerario (esto es, unas oraciones que tienen que rezar todos los eclesiástico cuando salen de casa) concluido el cual nos levantamos de dos en dos, yendo delante los novicios y colegiales, y detrás los sacerdotes; y nos dirigimos a la portería. Allí nos detuvimos un poco y en seguida comenzamos a dar un tierno abrazo a todos los religiosos principiando por los más antiguos. ¿Quién podrá explicar lo que allí pasaba? Las lágrimas corrían por el rostro de cada uno, no porque nos arrepintiésemos ni estuviésemos pesarosos de salir del colegio, ni de haber profesado, sino que con la alegría tan grande que teníamos de que hubiese llegado el día de marchar a nuestras amadas misiones, y el sentimiento natural de separarnos de nuestros prelados y de los otros compañeros a quienes amábamos entrañablemente, no pudo nuestra flaca naturaleza menos de llorar algún tanto. Los otros religiosos sentían vivamente no poder participar de nuestros trabajos, y suspensos y tristes quedaban mirándonos de hito en hito, acompañándonos con el corazón, y pidiendo a Dios nos diese feliz viaje. Dímosles el último adiós y nos dirigimos a la estación entre una gran multitud de gente que nos acompañó hasta nuestra partida.

Llegadas las once de la noche nos subimos al tren, y colocados con mucha comodidad en los coches de 2ª clase, el chiflo y campanilla de la estación anunciaron que ya era hora de marchar. Inmediatamente la inmensa mole de coches comenzó a moverse con la velocidad de un rayo, y nuestro amado colegio, la hermosa Valladolid y nuestros apreciables hermanos que, agitando sus pañuelos, estaban asomados a las ventanas contemplando nuestra salida, desaparecieron de nuestra vista cual si hubiera sido una sombra.

Estaba muy oscuro y la luna, compañera y alegría de los que viajan de noche, no alumbraba nuestro horizonte, y parecía que de propósito quería ocultarnos su plateado disco, para que no pudiéramos gozar de la apacible vista que ofrece la ancha y dilatada Castilla, sus hermosas y fértiles viñas, los bosques de pino que en algunas partes la enriquecen, ni las antiguas e histó-

ricas ciudades como Medina, Ávila y otras; sino que caminando entre oscuras tinieblas, sólo se presentaban a nuestros ojos pálidas y melancólicas sombras, entristecidas, si cabe, de cuando en cuando con los rancos y desagradables graznidos de algunas aves nocturnas, y con el pausado y monótono ruido o murmullo de los caudalosos ríos que en el camino hallábamos, hasta que llegada las cinco de la mañana, la noche comenzó a correr su negro velo, y la plácida y rosada aurora comenzó a parecer como un iris de paz, trayendo en pos de sí como compañero inseparable, al rubicundo y dorado sol, que estendiéndose sobre la tierra sus largos y lucidos rayos, todo llena de vida, de alegría, y de hermosura, no pareciendo sino que habíamos salido de un profundo abismo, o que después de estar ciegos habíamos recobrado el precioso don de la vista: y más al ver el pintoresco país y la hermosura de la tierra en donde estábamos que era el puerto de Guadarrama.

Elevadísimas montañas cubiertas de blanca nieve se descubrían a nuestra vista, dando origen a infinitos arroyuelos que refrescando con sus cristalinas aguas las verdes y alfombradas riberas, hacían aparecer por todas partes, lozanas y frescas flores, que recreando el olfato de los pasajeros, ofrecían un contraste inimitable en medio de la frondosa yerba y arboleda que por todas partes se veían. El suave murmullo de los arroyuelos, los delicados cantos de las variadas y risueñas avecillas, el fino olor de las aromáticas yerbas, el suave mecerse de las flexibles hojas y todo lo que adorna la naturaleza se hallaba reunido en esta variada comarca, causando un placentero asombro y dando motivo de alabar al supremo Hacedor que con tantos dones quiso enriquecer la tierra, triste morada del hombre. No pudimos disfrutar mucho tiempo de tan apacible vista. El tren cual una exalación rápidamente se deslizaba y las sierras desaparecieron de nuestra vista que inútilmente se afanaba en examinar minuciosamente siquiera fuese sólo por fuera el grandioso monasterio del Escorial, que por las muchas torres que en él se veían, por la elegante construcción de sus paredes exteriores, por lo majestuoso de sus chapiteles se conocía bien que con razón le han denominado la séptima maravilla del mundo. Ya nos íbamos acercando a Madrid, y el deseo de llegar se aumentaba por momentos; cuando he aquí que el último coche del tren en que íbamos se descarriló⁷⁴, deteniéndonos más de dos horas por lo cual no pudimos llegar hasta las diez de la mañana: gracias a la divina providencia, llegamos sin novedad.

⁷⁴ El motivo, nos explica Eduardo Navarro, fue que el último vagón del tren descarriló la rueda de su eje, muy posiblemente por exceso de peso.

El Rmo p. Comisario con otros amigos nos estaban esperando⁷⁵, temerosos de que hubiese ocurrido alguna desgracia, teniendo preparado un coche en el que fuimos conducidos a la Fonda del Norte y Mediodía, en donde nos habían preparado un almuerzo verdaderamente regio: los platos se sucedían unos a otros con exquisita variedad y abundancia, abundaba el vino de todas clases; la limpieza y aseo eran capaces de excitar el apetito aún a los más inapetentes. Concluido el almuerzo y rezado lo que teníamos de costumbre, fuimos a ver lo que había en la ciudad. Eran tantas las cosas dignas de verse que apenas pudimos comenzar: y sólo vimos con detención el palacio, algunas iglesias, el senado, la columna del dos de mayo y algunas otras cosas más insignificantes, empleando en esto desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, hora en que nos reunimos a comer para subir al tren a las cinco. La comida fue proporcionada al almuerzo, a los innumerables platos de sopa y fideo de carne y pescado de todas clases, se juntaron siete u ocho de varias especies de fruta; habiendo tenido el gusto de comer cerezas tan temprano.

Llegadas las cinco de la tarde, un ómnibus nos condujo a la Estación de ferrocarril, de la que salimos a las ocho⁷⁶, pasando por Aranjuez y toda Castilla la nueva de noche sin poder contemplar sus anchas y dilatadas campiñas. El sueño que en la noche anterior se había separado y alejado de nosotros, hoy nos acometió con tanta fuerza, que apenas nos sentamos, casi todos quedamos dormidos, siguiendo así toda la noche hasta que llegamos a Santa Cruz de Mudela, último pueblo de la Mancha y de Castilla la Nueva⁷⁷. Eran las cinco de la mañana del día trece de mayo cuando llegamos a este pueblo, tan miserable que sólo puede compararse con los de nuestra tierra. Aquí dejamos el tren para tomar la diligencia, porque desde este pueblo a Córdoba todavía no había ferrocarril, pero antes tomamos chocolate malo y caro, llevándonos por cada jícara tres o cuatro reales, teniendo que pagar hasta el agua que nos dieron para lavarnos. A la hora de haber entrado en la diligencia llegamos a Sierra-morena, punto que separa a Castilla la Nueva de Andalucía.

Mucho placer nos causó ver en tan poco trecho tierra tan variada. Apenas habíamos salido de los áridos y secos campos de la Mancha, cuando se presentan a nuestra vista unas cadenas muy prolongadas de elevadísimas montañas; pero tan fértiles y abundantes, que en todas ellas no se veía otra cosa que verde y lozana yerba. Apenas había parte en donde no pudiesen sa-

⁷⁵ El comisario agustino era Celestino Mayordomo. Junto a él también estaba el procurador de agustinos recoletos Guillermo Agudo.

⁷⁶ Eduardo Navarro señala que la salida del tren fue a las ocho y media.

⁷⁷ Allí tomaron la diligencia con un grupo de padres dominicos, con los que coincidirían en el viaje a Filipinas.

ciar su hambre las mansas y apacibles ovejas, las alegres y saltonas cabras, con los pausados y valientes bueyes. La ligera liebre con los corredores gamos, el paciente asno con el gallardo caballo juguetean y se divierten alegres y satisfechos. Acá se ve un peñasco sobre el que entre frondoso ramaje tiene su nido la voladora águila, allá se oculta en la verde yerba la atrevida calaidra (sic), que penetrando las nubes, alegra con sus trinos la naturaleza entera, en una parte, y el elegante jilguero se mece entre las verdes hojas; en otra el ruiseñor armonioso hace resonar los valles con la suavidad de sus acentos melifluos.

Pero no todo era alegre ni placentero: el camino va por unos despeñaderos espantosos, mereciendo por eso el nombre que con propiedad tiene de Espeña perros; no se podía mirar a los lados sin que se erizasen los cabellos. A cada golpe que daba la diligencia el cuerpo se estremecía. Todo el cuidado del mayoral y zagales era poco. Otra diligencia que venía detrás de la nuestra, en donde iban 16 padres dominicos del colegio de Ocaña se volcó e hizo pedazos, quedando ellos heridos, aunque no de gravedad.

Por fin llegamos a unas llanuras inmensas en donde no se veía otra cosa que blanquecinos bosques de olivos tan dilatados que la vista más perspicaz no podía alcanzar. Eran las hermosas campiñas de la fértil Andalucía que extendiéndose desde la Sierra Morena hasta Cádiz, y desde Extremadura hasta Murcia, proveen a la España y demás Reinos de Europa de abundante aceite. Corriendo por estas llanuras pasamos todo el día trece, molestados por el balance o vaivén de la diligencia, por el calor que caía, y por el polvo del camino: no pudiendo casi tenernos en pie cuando a las once de la noche llegamos a Córdoba. La comida que aquí nos tenía dispuesta fue excelente, sólo que apenas tuvimos tiempo de comer, pues mucho antes de concluir dicen que va a salir el tren para Cádiz; nosotros dejamos la comida por no perder los billetes que ya teníamos sacados; y caminando a la Estación, tuvimos que aguardar allí dos horas desde las doce hasta las dos de la mañana, hora en que comenzamos a caminar hacia nuestra querida Cádiz: dejando a nuestra derecha a la populosa y opulenta Sevilla, cuya Giralda elevándose sobre los demás edificios no parece sino al grave y esbelto pino en medio de los bajos y humildes arbustos. Poco después tuvimos ocasión de ver las viñas de Jerez, tan celebradas de todos por salir de ellas el mejor vino del mundo.

Al dar las diez de la mañana ya estábamos en la estación de Cádiz, rodeados de mar ¡increíble parecía a nuestros antepasados que en dos días se había de ir desde Valladolid a Cádiz! En seguida fuimos a una fonda y almorzamos con buen apetito. Muchos, aunque cansados, fueron a ver lo que había en la ciudad; yo también recorrí algunas calles, y poco después fuimos todos a ver al señor obispo, que a pesar de estar durmiendo la siesta, nos recibió con mucho agrado y amabilidad. Llegadas las cinco de la tarde nos me-

timos en un bote o barca, estando la bahía muy tranquila, pudiendo contemplar desde allí el aspecto bonito que presenta la ciudad de Cádiz, ciudad tan bella que con razón la llaman los andaluces la taza de plata.

Es pequeñita, pero todos sus edificios son muy altos, teniendo los más cinco pisos; y son tan blancas las casas que parecen la nieve. Sus calles rectas y largas, si bien algo estrechas. Muchísimas torres y miradores sobresalen por encima de los edificios, distinguiéndose entre todas la catedral, obra de este siglo tan elegante como bella.

A las seis de la tarde entramos en la fragata que había de conducirnos a Filipinas, cuya descripción es como sigue:

Llámase Guadalupe, y fue construida en Pasajes, puerto de las provincias Vascongadas. Tiene de largo desde la parte posterior que se llama popa hasta el palo que tiene delante en la proa 200 pies de largo, de alto 30 pies, y 32 de ancho, los palos en donde están sujetas las velas tienen 200 pies de altura. En lo más profundo del buque de atrás adelante hay una bodega de unos cinco pies de alto: en esta se va reuniendo la basura y agua que van entrando en el buque. Encima de esta hay otra tan ancha y larga como el navío, de siete pies de elevación; en la cual llevan vinos, frutas y otros géneros de comercio. Sobre dicha bodega hay otra de las mismas dimensiones y que llaman entre-puente, en ella llevan jamones, sederías y los géneros más delicados; la parte de esta bodega que pertenece a la popa sirve de cámara baja, formando un salón de 50 pies de largo, y 30 de ancho, a los costados de este salón hay muchas habitaciones que se llaman camarotes, en las cuales al lado de la pared exterior están las literas, esto es, las camas que hay en el buque en todo semejantes a los pesebres de los bueyes de nuestra tierra, con la diferencia de que están más adornadas, y hay dos filas unas encima de otras. Estas habitacioncitas están separadas entre sí por un tabique de tablas, y de la cámara por unas bonitas persianas que al paso que dan lugar al viento y a la luz, sirven de adorno a la cámara. Todo el buque está cubierto por la parte superior de gruesas tablas, sobre las cuales en la parte de atrás hay otra cámara, llamada alta, más bonita que la de abajo, pero de la misma figura y capacidad. En ésta cada camarote tiene su ventana y se baja como se quiere. Al lado opuesto está el botiquín, en donde hay varias medicinas de las más usuales y comunes.

Colocados nosotros en la cámara baja, nuestra primer ocupación fue distribuir el tiempo de suerte que no nos causase fastidio en un viaje tan largo: y que pudiésemos emplear bien todas las horas, lo que gracias a Dios conseguimos completamente, distribuyéndolo en esta forma. A las cinco de la mañana nos levantábamos, lavábamos y limpiábamos la ropa con el mayor esmero. En seguida decíamos misa los sacerdotes todos, exceptuando uno que la decía después del desayuno para que la oyesen la tripulación y los pasajeros: a las

siete nos daban chocolate, té o café, al arbitrio de cada uno, con mantequilla de Flandes: después del café rezábamos la parte del oficio divino, que correspondía; poniéndonos en seguida a leer y estudiar nuestra lección de Moral, de Teología, Filosofía o Historia. Llegadas las nueve tocaban al almuerzo que se componía de tres platos de carne, pescado, huevos o jamón, variando todos los días, y de dos platos de fruta seca, como nueces, higos, avellanas, pasas, etc. Luego que habíamos almorzado dábamos unos cuantos paseos sobre la cubierta hasta las once, hora en que todos se ponían a leer alguna cosa útil e instructiva. Tocadas las doce del día algunos dormían la siesta y otros seguían con su lectura hasta las dos de la tarde en que nos reuníamos todos a rezar Vísperas y Completas y a las tres de la tarde rezábamos Maitines, y otras oraciones. Tan pronto como el reloj daba las cuatro, la campanilla nos llamaba a comer, cuya hora todos esperaban con ansia. Una sopa de arroz de pan o de fideo daba principio a la mesa, siguiendo el cocido de garbanzos, tocino, chorizo o morcilla, otros dos o tres platos de carne fresca, pescado o almóndigas (sic) u otras composiciones acompañaban a los primeros, sin que faltase ensalada de coliflor, patatas o lechugas según el tiempo. Al último nos daban dos platos de fruta, y los días de primera clase, los domingos y jueves una copa de licor, y alguna que otra vez dulces. Como después de comer no son provechosos los trabajos intelectuales, a las seis, hora en que ya todos habían concluido de comer, nos dedicábamos paseando a conferencias de las cosas que habíamos leído, de las obligaciones de nuestro estado y de otros asuntos que al paso que servían de recreo nos instruían e ilustraban. A veces contemplábamos la inmensidad de las aguas, la altura del cielo, con sus resplandecientes astros; siendo innumerables los que no habíamos visto jamás por estar muy retirados de nuestro hemisferio. Por la noche se reunían todos en el oratorio y rezábamos el Rosario delante de una imagen de Nuestra Señora bajo el título de Guadalupe. Las tres horas que hay entre las ocho de la noche y las once, hora en que nos acostábamos, las empleábamos en divertirnos jugando al ajedrez, a las damas, al asalto, a la lotería y otros juegos lícitos y honestos; procurando pasar lo restante de la noche tranquila y sosegadamente para no quitar el sueño a ninguno.

Distribuyendo el tiempo de la manera indicada, distribución que nos duró hasta Manila, llegamos al 20 de mayo, día muy memorable para mí y mis compañeros, por haber perdido de vista nuestra amada España, y haber comenzado un viaje de los más largos que hoy día hacen los hombres, viaje de seis mil leguas. A las ocho de la mañana comenzaron los marineros a levantar las anclas que son unos enormes ganchos de hierro del peso de 200 arrobas sostenidos por unas cadenas gruesas como la pierna de un hombre de 800 pies de largo y de más de mil arrobas, cada uno de peso. Con estos ganchos y ca-

denas sujetan al buque para que no esté expuesto a merced de los vientos, amarrándolo al suelo, sin hacer otra cosa que tirar las anclas al mar. Levantadas las anclas y extendidas las velas comenzó a moverse con lentitud nuestra casa de madera, la magnífica Guadalupe. Todos estaban sobre cubierta (es la cubierta el techo del buque, pero como es de madera y completamente llana teniendo alrededor un rejado se pasea por ella con mucha comodidad) y todos contemplaban las hermosas playas de Andalucía; indefinibles eran los pensamientos que se agrupaban en la mente de cada uno. El rostro de algunos describía la tristeza de que estaba poseído su corazón, al considerar que dejábamos acaso para siempre a nuestra España. El temor poseía el pecho de otros inciertos del fin de nuestro viaje, viendo los peligros a que estábamos expuestos. Aquella inmensidad de aguas, sin ver más que cielo y mar, hacían pusilánimes a los más atrevidos. Algunos hubo que se arrepentían de haberse embarcado; pero no eran de los misioneros. Mientras esto sucedía las pintorescas riberas y la bonita ciudad de Cádiz iban desapareciendo de nuestra vista y aunque nosotros éramos los que andábamos, parecía que estábamos quietos y que España era la que se alejaba. Al poco tiempo de haber comenzado a navegar, todos empezamos a sentir una afección desagradable; todo el sistema nervioso padeció una fuerte conmoción, y el estómago comenzó a revolverse, dentro de cinco minutos cada uno andaba por su lado en el suelo; uno acostado en su cama; otro arrimado a una silla; unos al borde del buque; otros con el orinal en la mano para vomitar con más comodidad; no parecía aquello sino un hospital ambulante. Todos pálidos y descoloridos, su mirada lánguida, su aspecto escuálido, su cara demacrada daban bien a conocer lo que cada uno padecía. Ni las señoras se acordaban ya entonces de sus melindres, ni los caballeros de su alto tono: cada uno procuraba solamente buscar un lugar en donde pudiera con más facilidad expeler lo que estaba demás en su estómago, ya nadie se acordaba de España ni de Andalucía, sino únicamente de no sufrir daño alguno con tanto vómito.

A las cinco de la tarde se perdió de vista de todo punto Cádiz, entonces tocaron a comer, pero casi ninguno se presentó a la mesa y de los pocos que comenzaron la comida algunos tuvieron que separarse de ella. En este estado estuvimos hasta el día siguiente que se sosegó el viento, y el mareo cesó completamente, pudiendo asistir todos sin excepción a la mesa del mediodía. Yo fui uno de los que más se marearon, pero vomité poco, porque al momento me metí en la cama; y allí se me pasó el mareo, aunque no es buen medio de quitarlo. Los cuatros días siguientes, el cielo estuvo tan sereno y tan claro como suele estar en esa tierra en los meses de Julio y Agosto, y en el rostro de cada uno comenzaron a aparecer la satisfacción y la alegría. El tiempo calmoso que siguió al viento del día primero fue la causa de que desapareciese

el mareo; pero en cambio, no nos permitía andar, exceptuando dos noches que algunos chubascos o tronadas nos movieron algún tanto. Los peces raros que a veces veíamos nos distraían y aliviaban algo de la pena que nos causaban las calmas. Los primeros que vimos eran tan corpulentos como los cerdos más grandes de esa tierra; teniendo de largo como cuatro varas. Iban subiendo y bajando en el agua descubriendo su lomo, y a veces todo el cuerpo. Estos se llaman Toninas, otros eran más pequeñitos semejantes a los bonitos, tenía una vara de largo y se llaman Albacoras⁷⁸.

El 26 de mayo, día del Corpus Christi, el viento comenzó a soplar con alguna fuerza, siguiendo así hasta el 30. La festividad del Corpus que con tanta solemnidad se celebra en todo el mundo, no la pasamos desapercibidos; la víspera confesamos todos, y el día de la fiesta por la mañana recibimos la comunión. A las nueve cantamos una Misa con la mayor pompa posible; la melodía de las voces se unían con los delicados acentos de un precioso armonium que tocó el médico del buque con bastante acierto, supliendo muy bien las veces del órgano. El 29 por la tarde merced a la brisa que corría, ya pudimos descubrir el pico de Teide, que es una montaña elevadísima de las islas Canarias, las que teníamos todavía a la distancia de 20 leguas, y a las que no pudimos llegar hasta el día siguiente a eso de las cuatro de la tarde. Muy triste es el aspecto que presentan estas islas especialmente la de Santa Cruz de Tenerife, única que pudimos ver bien, por la proximidad a que estuvimos de ella. No se ve otra cosa que promontorios inmensos de elevadísimas y escarpadas peñas, semejante a las montañas de Babia, descollando en el centro el mencionado pico de Teide que tiene 14.000 pies de elevación sobre el nivel del mar; y en cuya cima siempre se conserva la nieve, a pesar de estar en un país tan cálido que el 30 de mayo ya estaban segando la primera cosecha de trigo. Alrededor tenía rodeada una nube procedente de los vapores de las muchas fuentes que allí hay; formando una especie de corona o ceñidor muy vistoso. Tres días estuvimos inmediatos a esta isla, teniendo ocasión de contemplar lo poco que en ella había que ver⁷⁹. A la orilla de los arroyuelos, que se desprendían de las montañas, había algunos pueblecitos bastante pequeños, junto a los cuales se veían sementeras ya segadas, o en estado de segar. Las otras islas de Canarias que vimos, aunque de lejos, son la Gran Canaria, la Gomera, y la isla de Hierro. Lo mismo antes que después de estas islas vimos muchos buques: unos seguían la misma dirección que nosotros; otros que venían para España; otros que iban al África o a otros reinos; con muchos de ellos hablamos por telégrafo, esto es, por medio de banderas de varios colores, por cuyo medio sabí-

⁷⁸ Todas estas especies aparecen descritas y dibujadas en el manuscrito del P. Navarro.

⁷⁹ Muy distinta es la opinión de Eduardo Navarro, combarcano del P. Tirso, quien se emociona al contemplar con un antejo los perfiles de Santa Cruz de Tenerife.

amos de donde venían, a donde iban, cuantos días llevaban de viaje, y otras curiosidades. Desde el día primero de junio determinamos decir una misa sola los días de trabajo, y dos los días de fiesta, porque como andábamos tan poco temíamos no alcanzasen las hostias. Los ocho o diez días siguientes tuvimos mejor viento, y aunque algunas veces se sosegaba, con las tronadas que caían nos hacía caminar regularmente, llegando el día nueve (de junio) en frente de las islas del Cabo Verde, pertenecientes al África, pero ahora son de los portugueses. Nosotros no las pudimos ver porque pasábamos muy lejos de ellas.

Cielo y agua eran las únicas cosas que descubríamos rodeados por todas partes de abismos sin cuento, pero ya no nos imponía cosa alguna y nuestra casa de madera ya se nos hacía mansión agradable: todo lo hace la perseverancia. Cuando veíamos asomar algún otro buque nos llenábamos de satisfacción, como si hubiéramos hallado algún tesoro. Aquí se ve claro lo que vale la compañía y que Dios creó al hombre para vivir en sociedad. Muchos ratos pasábamos viendo los peces voladores que en bandadas a veces por miles se echaban por los aires, huyendo de la furia de otros peces mayores que los perseguían de muerte, y de los cuáles no pueden huir de otro modo. Son estos pececitos semejantes a los gorriones, pero algo más largos, las alas son de membranas muy finas como las de murciélagos. En todo este tiempo se entretenían varios de los aficionados en pescar, pero no cogieron otra cosa que algunos Bonitos, Albacoras y Dorados; estos últimos se llaman así porque son amarillos como el oro, exceptuando el lomo que lo tienen azul; miden vara y media o dos varas de largo; cada uno de los referidos peces pesaba de catorce a veinte libras.

Pasado el Cabo-verde comenzó a soplar una brisa que como venía del sur o mediodía, apenas nos permitía adelantar; con cuyo motivo tuvimos que variar de rumbo, dirigiéndonos al Brasil en la América del Sur, llegando a él el 26 de junio. Es el Brasil un imperio mayor que cuatro veces España; no tiene tantos habitantes. Desde el descubrimiento de la América perteneció a Portugal, pero a principios de este siglo se hizo independiente. La emperatriz que ahora tiene es prima de nuestra Reina. Toda esta travesía la anduvimos sin incomodidad, no obstante que el buque iba algo inclinado, porque como el viento era seguido no había balance. Pero no dejaron de mezclarse cosas tristes con las alegres, cosa muy natural atendiendo a que la vida del hombre es una alternativa de bueno y de malo, sin firmeza ni estabilidad. Uno de los PP. dominicos de Ocaña que venían con nosotros murió el 25 de fiebre tifoidea, ni sin peligro de que se inficionasen los demás, por ser enfermedad contagiosa, teniendo por consiguiente un día de luto⁸⁰. Ya venía algo enfermo de

⁸⁰ El dominico fr. Agustín Pujol falleció a las ocho de la tarde del día 25 de junio de 1864.

su colegio, y al entrar en el buque se había empeorado, prohibiendo su enfermedad que nos detuviésemos en Canarias, ni saltásemos a tierra; y no pudimos por este motivo mandar las cartas que ya teníamos escritas, sopena de pasar una cuarentena. Otra de las cosas tristes de estos días fue que el mayordomo, por cortar un pedazo de carne, hizo una profunda cortadura en un dedo, faltando poco para quedarse sin él. Además el día 14 un capitán de infantería llamado Antonio Bonifaz se quemó en las dos manos por apagar la cortina de su camarote que se le había incendiado al sacar luz con un fósforo. Nosotros ya creíamos que íbamos a saltar a tierra en el Brasil, al menos lo sospechábamos; pero no lo quiso Dios que nos detuviésemos, sino que caminásemos con más velocidad, dándonos un viento favorable y fuerte, con el cual mudamos de dirección, caminando hacia el cabo de Buena Esperanza, pasando el 3 de julio enfrente de la isla de Santa Elena, en donde estuvo desterrado y murió Napoleón el primero, llamado el Grande. Esta isla no es más que un peñasco seco y árido, ocupado por algunas tropas inglesas, tiene cuatro o cinco leguas de ancho y otras tantas de largo. En ella hay algunos pueblos, pero son muy pobres y miserables. El día 11 de julio tuvimos una tormenta que aunque no tan grande como otras que suele haber en el mar, y que suelen echar a pique muchos grandes buques, no dejó de imponer bastante⁸¹. Luego que amaneció un nubarrón muy negro cubrió nuestro horizonte, oscureciendo el día casi del todo despidiendo frecuentes relámpagos. A poco tiempo comenzó a llover con tanta abundancia que parecía que el cielo se convertía en agua; los vientos soplaban con una fuerza increíble: la mar comenzaba a embravecerse, las olas, semejantes a elevadísimas montañas, parecía querían sumergir al buque en los abismos: la fragata con el ímpetu de las aguas y vientos ya se inclinaba a un lado, ya a otro, como si quisiese volcarse y sepultarnos en el profundo del océano. Todos teníamos que asirnos con las dos manos, y aun así no estábamos seguros, siendo más de cuatro los que rodaron por el suelo. Los marineros al son de su canto lúgubre, tan pronto estaban sobre cubierta como en la punta de los mástiles, tirando de las cuerdas y velas, sin que les aterrara el peligro. El buque casi sin velas, llevaba una velocidad espantosa, rompiendo por entre las olas y desafiando los vientos. Por fin pasada una media hora desapareció la nube, el cielo quedó tranquilo, y la paz y alegría volvieron a nuestros corazones, siguiendo con ella hasta el Cabo de Buena Esperanza, al que llegamos el día 26 de julio⁸², día de santa Ana y día en que al comenzar la Misa, de un balance, cáliz, patena, ara, misal, cruz y vi-

⁸¹ De hecho el *palo trinquite*, de la banda de babor, se quebró por la mitad, tal y como recoge Navarro con numerosos detalles en su manuscrito.

⁸² En la otra memoria de esta misma misión, Eduardo Navarro explica que el día 30 de julio se dobló el meridiano del cabo de Buena Esperanza.

najeras fueron rodando por el altar; no obstante, teniendo un sacerdote por el cáliz y otro por el Misal, se pudo concluir la Misa.

En este tiempo, por espacio de mes y medio, nos fueron acompañando varias aves de agua, sin que dejaran la fragata un punto, recogiendo los desperdicios de la comida. Algunas de ellas semejante a las águilas, volaban alrededor del buque con tanta velocidad como las golondrinas en esa tierra; cogiendo lo que iba por el mar, sin dejar el vuelo. Otras que se parecían a los cuervos, pero de alas más largas, andaban siguiendo a las primeras, disputándoles la presa, y procurando suplir con el número la fuerza que les faltaba, por ser más débiles. También nos acompañaban otras avecillas iguales a las palomas; tenían el cuerpo blanco como la nieve, la cabeza negra, las alas por la parte superior llenas de manchas negras y blancas con tal simetría y orden que parecía tenían por plumas conchas muy bonitas formadas con tal perfección que ni el pintor más hábil podría imitarles. Tan pronto como caía alguna cosa del buque todas bajaban al agua y nadaban con una ligereza admirable. El barco no parecía sino un palomar, porque además de las aves, ya indicadas, se juntaban en gran número otras de muchas clases, tan pintas y tan variadas que no es fácil formar idea de ellas. Unas eran semejantes a los vencejos, otras como gavilanes, algunas como las calandrias y codornices, y no poco semejantes a los milanos; pero todas ellas tenían el pico muy largo y ancho para poder coger los peces con facilidad, y las alas también muy largas por lo cual vuelan con más velocidad que las aves de tierra. Como reyes de las aves antedichas se presentaban unos pájaros que aquí llaman carneros, mayores que los buitres. Sus alas tienen de diez a quince cuartas de largo, el pico media vara y es muy gordo, pero muy ligero. Son tan voraces que si cae alguno en el mar, aunque sea un hombre luego le despedazan.

Con esta compañía íbamos algo distraídos y entretenidos, pasando el Cabo de Buena-Esperanza que es la parte del África más distante de España; cabo descubierto por los portugueses en el siglo diez y seis, llamado primero Cabo de las Tormentas, por las muchas que en él suele haber, aunque nosotros apenas sufrimos hasta el día 27. A las doce del día comenzaron los marineros su monótono canto (cantan siempre que recogen o extienden las velas para ir a compás, pero su canto no es más que o, o, o, o, o, o, o, o). Todos nos persuadíamos que vendría alguna tormenta, lo que en efecto sucedió. Por la parte de occidente se presentó una nube oscura que se acercaba a pasos agigantados, delante de ella las olas se elevaban de un modo imponente, a los tres minutos de vista ya la teníamos encima; el viento soplaba y silvaba en los palos de las velas; el agua caía a torrentes; el buque como si fuese una leve tabla; las olas se elevaban mucho más altas que el buque; gracias a Dios sólo duró un cuar-

to de hora, sin ocurrir más novedad que el que algunos midieron el suelo con las espaldas, pero sin hacerse daño.

El frío que en este tiempo hacía era muy riguroso, como que estábamos en el tiempo que más hace: pues aquí es el invierno cuando ahí el verano. Mil ó dos mil leguas que hay desde el Cabo hasta las islas de S. Pablo y Ámsterdam las anduvimos en pocos días porque el buque no corría sino volaba, andando noventa leguas por día. Todo el final de este mes de julio y la primera mitad del de agosto fueron para nosotros días de prueba, por lo que padecimos, no del tiempo, que fue precioso, sino por la cámara baja en donde veníamos. Esta cámara baja, como dije al principio, una parte de la bodega, separada de lo demás por unas tablas en cuyas rendijas se pueden introducir los dedos sin esfuerzo ni presión. No tiene más luz que la que recibe por dos claraboyas o tragaluces, de las cuáles una va a dar a la cámara alta sirviendo de escalera al mismo tiempo; la otra sube a la cubierta.

Junto a la cámara separada por unas débiles y mal ajustadas tablas hay una bomba con la cual extraen el agua que se va introduciendo en el buque. Esta agua, parte por la brea que continuamente se va desprendiendo, parte por la basura que desciende al centro se corrompió de tal suerte, que despedía un hedor pestífero; y como nuestras habitaciones estaban junto al conducto por donde sacan esta agua, a veces se llenaban de un olor intolerable, que sólo se puede comparar con el que despiden los cadáveres después de estar algunos días expuestos al sol.

Como si esto no bastase comenzaron a corromperse varias cajas de víveres, especialmente de carne, con lo cual se aumentó el olor de manera que ni la pocilga de los cerdos más asquerosa despide tan insoportable olor; a veces apenas entrábamos en la cámara, teníamos que tapar las narices y salir de ella a toda prisa. Todavía esto era poco y nuestra paciencia tenía que ser probada con más rigor para que mostrase mejor sus quilates; así es que comenzó a llover una agua tan fría que parecía nieve, porque era invierno, como antes dije; nuestros camarotes comenzaron a mojarse por todas partes, el que no tenía cuatro goteras tenía ocho; ni un rincón teníamos en donde sentarnos sin que nos expusiésemos a quedar hechos una sopa, cada uno tuvo que coger su colchón y acostarse como pudo en medio de la cámara haciendo cama redonda o cosa parecida; pero nosotros ni allí podíamos descansar por el olor de que ya he hablado, y porque como el buque se inclinaba a un lado y a otro íbamos rodando unos por encima de otros; pero en todo esto nuestra alegría era inalterable y nos creíamos felices, porque se nos presentaba ocasión de padecer algo por Nuestro Señor Jesucristo, dándonos él fuerza para sufrir no sólo esto, sino otros trabajos mucho mayores que pudieran sobrevenirnos. Ninguno se quejaba de lo que padecía. Todos ofrecían a Dios sus sufrimien-

tos, creyéndose muy favorecidos de él, porque podían imitarle en algo. Gracias a la divina Providencia el ocho de Agosto se sosegó el viento, cesaron las lluvias y nuestros padecimientos fueron disminuyéndose casi por completo; no hostigándonos después otra cosa que el calor cada día mayor, porque veníamos a encontrarnos con el sol. El punto en donde se sosegó el viento, y de donde mudamos de rumbo, dirigiéndonos al norte, fue la isla de San Pablo y la de Ámsterdam, islas muy insignificantes, en donde sólo viven como unos cuarenta pescadores de ballenas, les diré también como las pescan. Salen con un bergantín muy despacio por la mar veinte o treinta hombres, y van mirando hasta que, ya por el movimiento de las aguas, ya por el color del mar conocen que hay allí alguna ballena: entonces seis u ocho de los más atrevidos se salen en una barca pequeña y se van acercando a la ballena la cual no se espanta, sino que está muy quieta; así que los marineros llegan a ella, la hincan en el costado un arpón de hierro de forma de saeta, para que quede mejor asida. Este arpón tiene en la parte posterior un cordel atado fuertemente muy largo que a veces llega a media legua. El cordel está sujeto a la barca por su extremidad. Tan pronto como la ballena se siente herida comienza a correr y los pescadores van soltando la cuerda, pero sin dejar la punta. Cuando ya se extendió todo el cordel, la ballena tira para adelante, pero como se hace daño con el arpón y le duele la herida, vuelve atrás y corre por la parte opuesta, y así la tienen dando vueltas y carreras hasta que se cansa. Como por la herida no cesa de echar sangre se va debilitando. Cuando está muy desangrada sale a la costa a morir, y los pescadores la van siguiendo con su barca hasta la orilla. (Las ballenas siempre salen a morir a la ribera en donde hay muy poco agua). Luego que conocen que ha muerto, la arrastran fuera con maromas y poleas; después la sacan el unto de que hacen buen aceite; la carne la ponen en conserva y por ser muy buen pescado, y hasta los huesos y barbas se aprovechan.

Desde el ocho de agosto hasta el 25 que vimos tierra, tuvimos muy buen tiempo. El 16 vimos un fenómeno que no habíamos visto jamás: este fue el arco iris formado por la luna. A los 108 grados de longitud según el meridiano de Cádiz y 30 de latitud Sur, a las seis de la tarde ya de noche en una nube muy negra que había en el occidente se presentó el arco iris con todos sus variados colores; no eran tan brillantes como los del arco formado por el sol, pero se distinguían perfectamente el verde (en la parte superior) el amarillo y el naranjado. Duró desde que salió la luna hasta que se elevó 23 grados ó 30 sobre el horizonte. En este tiempo también vimos varios peces y entre ellos el tiburón, pez el más carnívoro que hay en el mar. Anda siempre alrededor del buque para devorar cualquier cosa o persona que caiga en el agua: los hay tan grandes que tienen quince o veinte cuartas de largo, teniendo todos dos ca-

rreras de dientes tan fuertes que de una vez atraviesan y parten un hombre por medio del cuerpo o le cortan un muslo como sucedió hace dos años en Gibraltar con un marinero. A veces se tragan un hombre entero. Nosotros pescamos uno que aunque era nuevo y pequeño tenía ocho cuartas de longitud y pesaba tres arrobas.

El 25 por la tarde vimos una islita que se llama Natividad, tiene cuatro leguas de largo y cuatro de ancho. Estaba tan verde y tan frondosa y rodeada de mar que parecía una rosa de color verde en medio de las aguas. Eran tantas las aves de mar que en su alrededor había, que cuando se levantaban casi cubrían el sol. Son estas aves más feas que las de España, distinguiéndose por lo raro una llamada Rabijunco, por tener la cola de una pluma sola de media vara de largo, semejante a una cañita larga o a un junco de los muchos que hay junto a los arroyuelos.

Otra ave se presentó que tenía la cola como una tijera de más de una cuarta de largo. En todas las partes en donde estuvimos cerca de tierra vimos golondrinas muy semejantes a las de Europa.

El 26 a las doce del día comenzamos a ver la hermosa isla de Java en la cual está situado Anyer⁸³, puerto en donde habíamos de hacer aguada. El viento era bueno; el día estaba sin nubes, aunque algo oscuro por el humo o niebla que había en el horizonte. Los pasajeros que desde las diez de la mañana observaban cuidadosamente si se divisaba la deseada y apetecible isla, todos estaban suspensos deseando ser ellos los primeros en descubrirla, cuando en medio de este silencio se oye la voz de un piloto decir: ¡tierra, tierra!, todos se ponen en movimiento y la alegría comenzó a manifestarse en el semblante de cada uno: quien aplicaba los anteojos, quien se subía a los palos, unos preguntaban a que lado se descubría, otros miraban a todas partes, culpando su vista de la tarda y de privarles de un gran placer, por fin se fue satisfaciendo la curiosidad y el deseo que todos tenían, pues la isla se iba acercando, o más bien nosotros nos aproximábamos a ella a pasos agigantados, de suerte que a las tres de la tarde estábamos sólo a media legua de distancia, pudiendo contemplar la hermosura de que Dios quiso vestirla. Parece que la naturaleza quiso engalanar estas remotas islas con todos los encantos de que dispone. Y lo que a estos pobres indios falta por la cortedad de su entendimiento lo compensó de algún modo nuestro Señor, dándoles la mejor tierra del mundo.

Es pues la isla de Java uno de los mejores parajes de la tierra, comprendiendo una extensión de 300 leguas de largo por 20 de ancho. De una punta a

⁸³ Según Navarro la *Guadalupe* atisbó la isla de Java el día anterior a las 11 de la mañana.

otra la atraviesan elevadas cordilleras de montañas de cuyos costados descienden innumerables arroyuelos que formando otros tantos pliegues presentan una agradable vista. Por la parte del mar la rodean llanuras fértiles. Toda ella lo mismo la sierra que las riberas están cubiertas de espesísimos bosques, que con el precioso verdor de sus hojas que nunca caen, recrean maravillosamente la vista de los espectadores, sirviendo de guarida a muchas fieras que bajo sus sombras se ocultan contándose entre ellas los bravos tigres y feroces panteras tan conocidas en nuestra Europa. En la cumbre de algunas de sus más elevadas montañas se descubren varios volcanes que de día y noche están arrojando fuego y levantando por los aires nubes de ceniza y de piedra pómez, vomitando alguna vez arroyos de lava (metal derretido) que quema y deja seco lo que halla por el camino. Al lado del occidente de esta isla se halla la del Príncipe y la de Sumatra, formando con ella el estrecho llamado de la Sonda por donde habíamos de pasar para llegar a Anyer. La brisa que soplabo nos hizo llegar en frente de la población a las cuatro de la tarde y nos dio esperanza de fondear antes que llegase la mañana siguiente; pero nuestras esperanzas quedaron frustradas, pues a las doce de la noche quedamos en calma y no lo pudimos efectuar hasta la tarde siguiente a las ocho. Los pasajeros que toda la tarde del día anterior habían estado contemplando la hermosura de la tierra, y que a la noche no apartaban su vista de las [barcas de los] pescadores diseminadas por la ribera cual otras tantas resplandecientes estrellas, apenas llegaron las tres de la mañana sin hacer caso del sueño y despojándose de la pereza se agruparon en la cubierta por ver si estábamos ya en el deseado Anyer. Como no salíamos de un sitio, todos mostraban más o menos su impaciencia; pero Dios que provee y dirige todas las cosas, dispuso que tuviesen en que entretenerse y pasasen distraídos aquel mal día.

Innumerables barquichuelos o canoas de indios (son las canoas unas barcas hechas del tronco de un árbol sin piezas ni clavos) se apiñaban alrededor de nuestra fragata con frutas y pájaros del país, deseando cambiarlos por ropa o venderlos. Andaban los pobres indios casi desnudos, sin más abrigo que un pedazo de tela ceñido por la cintura y que llegaba hasta las rodillas. No sabían hablar el castellano por lo que sólo decían: Truca: truca: camisa, pantalona, peseta. Acompañados de estos indios y haciendo cambios con ellos, más por divertirnos que por otra cosa, llegamos al fondeadero. Entonces se marcharon quedando en volver por la mañana del día siguiente a llevarnos a tierra, si queríamos saltar. El 27 por la mañana, nosotros, los PP. Dominicanos y algunos otros pasajeros que venían en la cámara baja, nos levantamos a las cuatro, rezamos lo que teníamos de obligación y costumbre, almorzando en seguida. Apenas habíamos concluido se presentaron los indios con los botes para desembarcar, lo que hicimos con mucha alegría, deseando por

momentos pisar la tierra, después de tres meses que andábamos sobre las aguas. Cuando los marinos indios nos conducían, nos cantaban varios cánticos que no entendíamos, como que ignorábamos su lengua: sólo oíamos decir: Es- pañol. Español. A las cinco de la mañana entramos en el bote y a las seis saltamos a tierra; pero antes que cuente lo que en ella vimos, voy a hacerles la descripción de Anyer.

En la parte de la isla de Java que mira al noroeste (esto es entre norte y occidente) hay una llanura cerca de cinco leguas de circunferencia, rodeada de elevadísimas montañas, cubierta de verdes y amenísimos bosques, dividida por un río que formado por las cristalinas fuentes y frescos arroyuelos de las próximas sierras, fertiliza con sus aguas todas aquellas comarcas; sirviendo su embocadura de barca o muelle para las embarcaciones pequeñas, y las sencillas canoas. A la orilla derecha de este río inmediato al mar se halla situado el pueblo de Anyer, pueblo que si bien es de poca importancia por la sencilla construcción de sus edificios, es hermosísimo por la belleza con que le adornó la naturaleza. Sus calles son anchas, largas y rectas, como que están hechas a cordel: por los lados de cada calle hay una paredita que es propiamente lo que forma la calle. Todas ellas, exceptuando la mayor, están cubiertas de verde hierba, no de otro modo que un prado. Las casas a no ser la del Gobernador y alguna que otra construida a la europea, son de nipa y de caña. Ninguna de ellas llega a las calles, sino que están separadas y rodeadas de un jardín o prado, al que sirve de cerca la pared que he dicho forma propiamente las calles. A los lados de las calles hay muchísimos árboles para hermostear la población y para que sirvan de refrigerio contra los rayos del sol y de preservativo para los malos olores. Las casas de los europeos que en Anyer residen son blancas y bonitas, pero muy bajas. Las de los indios son unas sebes o tejidos de caña, hechos con bastante esmero y cubiertos con paja o nipa. A la parte opuesta del río hay un cuartel y un fuerte; el cuartel es como los almacenes de la estación del ferrocarril de Valladolid; el fuerte es insignificante, como que sólo hay en él y en el pueblo 36 soldados, de estos algunos son casados y tienen también sus mujeres en los cuarteles. Alrededor de la población hay riquísimos prados en donde se ven animales de varias clases; entre otros muchas cabras y carabaos o búfalos, una especie de buey más fuerte que los de España, y que se diferencia de ellos en que los cuernos no son redondos o cilindros, sino aplanados, y se les inclinan hacia atrás, teniendo que uncirles por el pescuezo. Inmediatos a los prados hay unos bosques muy espesos de árboles frutales, pero en tanta abundancia y hacen tanta sombra que aunque uno mire arriba no ve el cielo.

Tan pronto como desembarcamos fuimos a ver al Gobernador de la plaza que nos recibió con amabilidad, pero apenas nos entendíamos, porque

ni él hablaba español, ni nosotros holandés, que era su lengua; hablando en fin medio francés nos pudimos entender medianamente. De allí fuimos a ver la fonda, y en seguida nos encaminamos al correo, dejando las cartas que llevábamos y pagando 8 reales por cada una.

Aquí vimos algunos cuadros que tenían su explicación en español. Viva satisfacción nos causó ver nuestra lengua difundida en tan remotas tierras, pues es cosa muy natural que agrade a los que están separados de su patria, todo lo que pertenece a ella. Saliendo del correo, preguntamos por la mezquita (esto es, el templo de los indios que son mahometanos) y fuimos a ella conducidos por un viejo que con mucha amabilidad nos sirvió de guía. El templo no era otra cosa que un salón cuadrado poco alto sin ningún adorno, con cuatro columnas en el centro y dos tejados, uno encima de otro a una distancia proporcionada para que por debajo del superior entrase la luz en el templo. El tejado superior es más pequeño, sólo está sostenido por las cuatro columnas que hay en el medio del salón.

En el pavimento había una estera sobre la cual estaban tres hombres sentados de cuclillas con las piernas cruzadas, supongo que estarían en oración. A la parte del norte del templo hay un nicho en cuya puerta había un palo hincado en el suelo, y sobre él una concha con puntas de cigarro. A esto se reducían todos sus adornos. Delante del templo tienen un bombo o tambor tan grande que les hace el mismo oficio que a nosotros las campanas.

Cuando llegamos a la puerta no querían dejar entrar, sino quitábamos los sombreros y los zapatos; pero nosotros haciéndonos los tontos nos metimos dentro, cubiertos y calzados. Luego que vimos lo poco que había en el templo, preguntamos a un sacerdote cual de ellos era el superior, a lo que contestó que los dos que allí estaban eran iguales en dignidad; pero que había otro en el pueblo que era superior a ellos, que si queríamos verle que aguardásemos un poco, porque luego vendría a una plaza que había allí cerca teniendo entonces ocasión de verle (éste de quien hablaba era el gobernador del pueblo). Nosotros contestamos que tendríamos mucho gusto en verle, para lo cual nos dirigimos a la plaza en compañía del sacerdote o bonzo, que así se llaman estos sacerdotes. Era la plaza ancha y espaciosa, rodeada de árboles; en el centro había un tejado sostenido por cuatro columnas, debajo del cual estaba el suelo cubierto de esteras y alfombras; y a la cabecera había una mesa con su tapete y un sillón en donde había de sentarse el Gobernador, quien como nos dijeron, iba a fallar la causa de dos indios que habían dado muerte a dos europeos. Debajo del tejado que había en la plaza nadie entraba sino descubierto, teniendo que dejar los zapatos en una grada que había antes y sentarse en el suelo; pero a nosotros no sólo nos permitieron entrar calzados y con los sombreros puestos, sino que nos pusieron unos sillones al

lado del presidente, para que nos sentásemos como asesores. Aceptamos la oferta, dándoles las gracias, y estuvimos allí un poquito; pero como vimos que aquello iba largo, y nosotros teníamos deseos de ver más cosas, nos retiramos, mostrándoles de nuevo nuestra gratitud y quedando en volver después de un rato. Al salir nosotros del tribunal mandaron a una orquesta que estaba en frente que nos diese un rato de música, lo que efectuaron con bastante destreza. Tocaron la muñeira y otras piezas muy divertidas y alegres. Algunos de los instrumentos que tocaban eran una reunión de campanillas de bronce de varios tamaños; otros eran semejantes a los pianos, pero más pequeños; también tenían un violín. Todos los tocaban con unos martillitos o palos con porras, pero con una soltura sorprendente. Varios de los indios, que movidos de la curiosidad de ver tanto extranjero (éramos 40) nos acompañaban, comenzaron a bailar con lo que pasamos un rato divertido. Duró la música más de media hora, y hubiera durado más, si nosotros dándoles una peseta no nos hubiéramos retirado, quedando ellos al parecer pesarosos, porque con la amabilidad con que los tratábamos se habían hecho nuestros amigos. Los niños nos decían que también ellos querían ser españoles, y no se separaban un punto de nosotros. Del tribunal nos fuimos a la plaza, donde había aquel día mercado, que ciertamente estaba poco provista; todo lo que contenía eran espejos, fósforos, tinteros, frutas del país y algunas otras frioleras. Compramos algunos tinteros y frutas y nos fuimos a las tiendas de los chinos que son las mejor abastecidas en esta tierra. Aquí bebimos un poco de cerveza y compramos algunas cosas para llevar al buque, como galletitas dulces, jarabe para mezclar con él agua cuando hace mucho calor, descansando por fin un poco. Mientras unos descansaban, otros estuvimos pesándonos en una buena balanza que tenían. (Yo pesé seis arrobas y diez y ocho libras). Habiendo descansado nos retiramos dándonos los chinos de regalo un abanico a cada uno, hecho de una hoja de palma muy bonito y que nos hizo buenos servicios de allí a Manila por el mucho calor que hacía. Si VV. Nos hubieran visto cada uno con su abanico, no hubieran podido menos de echar una buena carcajada de risa, pero para la necesidad todo viene bien y lo que más nos refrescaba era lo mejor.

Antes de embarcarnos volvimos a ver al Presidente y sus magistrados que hallamos todavía en el tribunal dictando y escribiendo la sentencia en esta forma: a la cabecera estaba el Presidente, y éste era el que dictaba, y sólo él estaba sentado en silla, en frente del Presidente, pero muy cerca de su mesa había seis notarios o escribanos, copiando en el papel lo que el presidente decía, tres escribían en árabe y tres en holandés; detrás de estos estaban los soldados vestidos de uniforme, y detrás de los soldados, todo lo demás del pueblo, no las mujeres, sino solo los hombres; a la mano derecha del Presidente estaban los sacerdotes, y a la izquierda algunos que tal vez serían los

principales del pueblo; todos, excepto, el Presidente estaban sentados en el suelo, descalzos y con las piernas cruzadas. Nosotros en esta ocasión no quisimos tomar asiento, y despidiéndonos cortésmente nos fuimos hacia el muelle para volver a nuestra fragata Guadalupe, a la que llegamos a las cinco de la tarde habiendo salido de ella a las seis de la mañana.

La gente de Anyer es muy sencilla y amable; hablan una lengua que se llama malaya; algunos entienden algo el castellano, pero son pocos. No andan tan mal vestidos como dije, venían los que por la mañana anterior nos habían salido al encuentro en sus canoas, pero su vestido sin embargo era bien miserable, especialmente el de la gente del pueblo o vulgar. El Presidente vestía pantalón negro y chaqueta del mismo color, en la cabeza traía un morrión, semejante al que usaban antes nuestros soldados, con dos cintas pajizas alrededor; el mismo traje tenían los de tropa, pero más basto; en la cintura tenían un correón o cinta muy ancha de que tienen colgado su alfanje, que viene a ser como una hoz de cortar leña, o podadera. Los sacerdotes gastaban turbantes que son unos pedazos de tela largos, rodeados a la cabeza, y ropón (especie de balandrán) de estambre o de seda. Los del pueblo traían pantalón y chaqueta o blusa, otros pantalón y camisa; otros pantalón y camisa sobre los pantalones; otros unos calzoncitos cortos tan solamente; en la cabeza algunos traían un sombrero de copa alta, como los antiguos; otros un artesón hecho de paja y mimbres, como los escriños de esa tierra, y otros nada. Algunos niños vimos que andaban completamente desnudos, como sus madres les parieron. Aprecian más a los españoles que a los de otras naciones. Las mujeres luego que veían extranjeros muchas se encerraban en sus casas, otras marchaban corriendo y dejaban todo lo que estaban haciendo en la calle.

Luego que llegamos a la fragata comimos con buen apetito porque ya era muy tarde, y nos preparamos para celebrar la fiesta de N. P. S. Agustín, que era al día siguiente, lo que hicimos no como queríamos, sino lo mejor que pudimos. Apenas amaneció el día 28 comenzamos a decir misas hasta las ocho del día, hora en que canté yo la misa mayor; un poco antes de las ocho se tocó a ella según costumbre; toda la gente del buque se reunió en el oratorio y dimos principio a la Misa; cantando con toda solemnidad mis compañeros, los PP. Dominicos y dos niños de Laredo que venían para acompañar y quedarse con un tío que tienen en Filipinas. causaba indecible alegría ver que en el medio de las olas también se alababa a Dios, y que no sólo en los cielos y en la tierra, sino también en el basto océano la voces de los fieles adoradores del Eterno elevan sus plegarias y hacen resplandecer la majestad de nuestro sagrado culto. Al oír las delgadas y suaves voces de los niños con las graves y sonoras de los demás cantores, no parecía sino un concierto de Ángeles, semejante a aquel que formaron en el nacimiento del señor, cuando cantaban:

“Gloria in excelsis Deo, etc”. Todos nos sentíamos vivamente conmovidos, y los ecos de nuestro canto producían igual efecto en la frágil barca, que boga a merced de las olas, que bajo la majestuosas bóvedas de nuestras insignes catedrales e iglesias. Cosa admirable oír a tan distintas voces de tan diversas provincias, todas reunidas y alabando al que es padre de todos, con un solo espíritu y un solo corazón en Dios. Sólo el Eterno puede hacer esto, y sola la verdad puede conseguir que tan contrarias inclinaciones y pareceres se unan bajo la voz de un pastor y de una Autoridad.

Concluída la Misa y dadas gracias subimos a la cubierta a ver los muchísimos indios que habían venido a cambiar sus efectos. Innumerables fueron los cambios que se efectuaron por ropa de la que ya no nos servía. Algunos compraron corzos pequeños, otros monos, tórtolas, pájaros verdes muy semejantes a los loros, pero muy pequeñitos; casi todos compraron unas esteritas muy finas, para poner en la cama porque son muy frescas en tiempo de calor; y otros en fin cambiaron los sombreros de paño de los que ya no habían de hacer uso, por los artesones que los indios traían en la cabeza, por el gusto de ver como estaban hechos, o más bien por reírse un poco. Todas estas cosas se cambiaban por ropa vieja o por una peseta, siendo lo particular que querían más la ropa que el dinero, y la negra más que la blanca, porque entre ellos es signo de autoridad andar vestidos de negro.

Estando en estos cambios los marineros comenzaron a extender las velas al son de un monótono canto; otros comenzaron a levantar las enormes áncoras con que la nave estaba amarrada a la tierra; era que íbamos a darnos a la vela para Manila por cuyo motivo los indios se despidieron de nosotros y cesaron los cambios, volviendo ellos a su tierra y caminando nosotros a nuestro destino. Eran las doce del día.

Tan pronto como comenzamos a navegar nos retiramos a celebrar la fiesta de S. Agustín en la mesa. Las copas de vino de Jerez, variedad de licores con galletitas dulces que para el efecto habíamos comprado en Cádiz y en Anyer rodaban por las manos de todos, a lo cual los pasajeros correspondieron con vivas gracias y composiciones poéticas, de las cuales he puesto una al fin de este Diario, por el entusiasmo que respira, aunque carece de mérito.

Cuando concluimos en la mesa volvimos a ver como quedaba atrás la isla de Java, y como se descubrían otras innumerables. En los rostros de todos se manifestaba la alegría de que nos acercábamos a Filipinas, aunque duró poco, porque el viento que nos había sacado de Anyer cesó, y la noche siguiente tuvimos que estar anclados, y a no haberlo hecho así hubiéramos vuelto atrás, porque las corrientes nos eran contrarias. El día siguiente que fue el 29 no pudimos andar nada, y nos dimos por muy felices de que no se encallase la fragata contra la isla por causa de las mismas corrientes, siendo increíble lo que

los pilotos y marineros trabajaron, inclinándose el buque ya a un lado ya a otro. A las tres de la tarde comenzó a soplar el viento y perdimos de vista la tantas veces mencionada isla de Java, descubriendo otra multitud de islas tan pequeñas que no tendrán más de cien pasos de largo y ancho. Por la noche tuvimos que anclar otra vez permaneciendo en el mismo sitio todo el día, haciendo un calor insufrible, cayéndonos el sudor por el rostro y penetrando la ropa hasta el exterior. Poco más feliz fue el día 31, no pudiendo andar más de seis leguas, pero en cambio fue solemnísimo por ser el santo del Capitán del Buque y del Contra maestre. Se preparó el altar con un frontal blanco y un dosel de seda del mismo color; reunimos todas las velas que cabían en el Altar; resplandeciendo con admirable primor. Se cantó la Misa con mucha solemnidad; tomando después a las doce bizcochos, copas y licores, y al comer tres o cuatro platos más que otros días, con frutas en dulce y otras cositas que distinguían perfectamente aquel día de los demás.

Por la noche a mucha distancia vimos un resplandor muy claro, bastante semejante a una aurora boreal. Al principio creímos que era algún buque que estaba ardiendo, pero yo creo que era luz de algún volcán que en aquella hora estaba vomitando fuego, y tanto más me inclino a este parecer, cuanto que en la isla de Sumatra que estaba hacia aquella parte, aunque a 20 leguas de distancia, hay muchos y muy notables. Todos los días siguientes hasta el 4 de septiembre, tuvimos unas calmas terribles, con un calor abrasador. Los pasajeros para evitar el tedio que en las calmas es capaz de abrumar al más valiente, se entretenían en echar gallos a reñir; para cuyo efecto habían traído varios de Anyer, y el buque había comprado 600 para comer, de los cuáles también se sacaron algunos que nos divertían grandemente, a costa de su sangre y a veces de la vida. Estos gallos son más fuertes que los de España, y tan pronto como dos se ven, comienzan a picarse hasta que muere el uno o el otro.

El 5 fue día de mucho regocijo porque celebramos la fiesta de Nuestra Señora de la Consolación, principal protectora de los Agustinos. El altar que ya estaba adornado de otros días, hoy parecía sumamente nuevo: por el interior del Oratorio todo alrededor pusimos colgaduras blancas, pero hermosísimas. La puerta la cerramos con dos cortinas más blancas que la nieve; por la parte exterior había otras dos carmesí, recogidas en lo alto por elegantes lazos. Dos bellos florones de grana con preciosas orlas separaban las dos cortinas, para que pudiera verse lo que había dentro y para facilitar la entrada. Un frontal verde y un dosel bordado de oro hacían de nuestro oratorio un paraíso. Cantamos una Misa con toda solemnidad, y comenzamos la Novena que fuimos haciendo los ocho días siguientes en esta forma: primero rezábamos las oraciones, enseguida cantábamos unos preciosos y dulces gozos, a esto seguía la Letanía cantada y una brillante despedida. Desde hoy el viento co-

menzó a correr con mucha fuerza andando 80 y 90 leguas por día: la nave parecía que iba volando. Por un lado y por otro dejábamos atrás innumerables islitas: algunas de ellas eran tan pequeñas que no tenían más que un solo árbol. En todo el tiempo restante, ya por la mañana, ya por la tarde, todos los días tuvimos tronadas y agua con tanta abundancia que parecía que el cielo había roto sus cataratas; pero esto no es extraño, sino muy natural, pues aquí llueve medio año sin cesar, y nosotros llegamos en la época de las lluvias. El día 7 entramos en el mar de la China, y pasamos por bajo del sol, no haciendo por consiguiente sombra, sino lo que ocupan los pies. A nuestra izquierda quedó el imperio de Cochinchina (en donde el año pasado nuestras tropas junto con las francesas consiguieron tan bellos triunfos, haciendo capitular al emperador y obligándole a conceder lo que pedían;)⁸⁴ y comenzamos a navegar en frente de la gran China, aquel imperio cuya antigüedad se pierde en la oscuridad de los tiempos, y que, separados del resto del mundo por una muralla de más de cien leguas, han conservado sus ritos y tradiciones, y solo impelidos por el miedo a los europeos han abierto sus puertos al comercio con las demás naciones, siendo tan tenaces en sus supersticiones que hasta hoy, exceptuando unos pocos, no han querido abrazar el catolicismo, martirizando todos los años hasta el presente algunos misioneros.

Los deseos de llegar a Manila se aumentaban, según iban pasando los días. Cuando el tiempo era favorable ya se nos figuraba que estábamos entrando en la Bahía, más cuando venía alguna calma todos desmayaban, y hasta los más animosos desfallecían, temiendo eternizarse en el buque. Llegó por fin el día 13, y la esperanza revivió de nuevo con la palabra que nos dieron los pilotos de que aquel día veríamos las islas filipinas. Todos nos felicitamos por la conclusión del viaje, y nos dábamos la enhorabuena por el término de nuestros trabajos marítimos, que iban desapareciendo de nuestra memoria dominada por la fausta noticia de que estábamos inmediatos al fin de nuestra carrera. Las nubes que había alrededor y sobre nosotros nos ocultaban lo que tanto deseábamos. A las once de la noche se descubrió un astro, o una cosa semejante, por entre la niebla que nos rodeaba; pero por la proximidad a la tierra y el color casi pajizo parecía muy difícil que fuese una estrella. En efecto, después de un cuarto de hora conocimos que era la farola que hay en la entrada de la bahía de Manila, en una isla llamada del Corregidor. Como el viento era favorable, todos creíamos que a las doce habríamos anclado, porque en un momento dejamos atrás la farola y nos introdujimos en la bahía. Algunos tan persuadidos estaban de esto, que arrojaron los colcho-

⁸⁴ Se refiere a la expedición francoespañola de 1863 concebida para dar castigo al asesinato de varios religiosos en la Cochinchina.

nes al agua, porque esperaban dormir la noche siguiente en tierra y en buena cama; pero aquello no era la voluntad de Dios, y de ahí es que cesó el viento repentinamente, y no solo el día catorce estuvimos viendo a Manila, sin poder acercarnos a ella, sino también el 15 hasta las tres de la tarde que el viento comenzó a correr algo, y en su consecuencia fuimos acercándonos a tierra, y poco tiempo después dimos fondo en *Manila*.

Luego llegaron los de la Junta de Sanidad de Filipinas, y como había muerto un P. Dominicó tuvimos que aguardar hasta que diesen parte al capitán general. Al momento vino la licencia para que desembarcásemos. Tres PP. de los nuestros que ya habían venido de la ciudad con hábitos y sombreros, los que nos pusimos en el buque; y embarcados en una lancha, saltamos a tierra, siendo ya las siete de la tarde del 15 de septiembre de 1864.

Muchos de los PP. que están en estas islas, y que habían venido al convento, como es costumbre de todos los años, a celebrar la fiesta de N. Patriarca S. Agustín, no quisieron marchar de él hasta que llegásemos nosotros y nos viesen, con lo que había una comunidad muy numerosa que nos salió a recibir a la puerta de la calle formados de dos en dos, dándonos los más cordiales abrazos, no cansándose de preguntarnos como nos había ido. En un salón grande nos tenían preparado un gran refresco, del que apenas tomamos nada, porque con la alegría de haber desembarcado y de estar ya en nuestra casa, las ganas de comer se alejaron de nosotros. Por ser aquel día ya tarde, fuimos a descansar, y el día siguiente hicimos nuestra entrada solemne en medio de repiques de campanas y de los melodiosos acentos del órgano, cantando un solemne *Te Deum*. Después fuimos a ver al Capitán General y al sr. Arzobispo⁸⁵, volviendo a nuestro convento a descansar de las fatigas de tan larga navegación, y dedicarnos a nuestras tareas.

Esta es, amantísimos Padres la relación de los sucesos más notables de mi viaje y de mis 17 compañeros, Religiosos Agustinos del Colegio de Filipinos de Valladolid. En ella no busquen elocuencia ni raciocinio, pues no he querido lucir mi ingenio, ni hacer alarde de mi talento. Sólo me he propuesto el escribirla, mostrar mi gratitud a lo mucho que les debe, darles una prueba del acendrado amor que les profesa, manifestar algún tanto lo mucho que les estima, y dejarles un recuerdo del tierno afecto con que le distingue su afectísimo hijo y S.S.Q.B.S.M.

Fr. Tirso López

⁸⁵ El capitán general era Rafael Echagüe y el arzobispo Gregorio Melitón Martínez y Santa Cruz.

Lista de los pasajeros que se hallaban a bordo de la fragata Guadalupe en su viaje de Cádiz a Manila, en 1864.

Misioneros Agustinos

R. P. Fr. Tirso López, presbítero, presidente	Fr. Eugenio Villalain subdiácono
R. P. Fr. Ángel Abásolo, presbítero	Fr. Jacinto Díez
R. P. Fr. Victoriano García, presbítero	Fr. José Ibeas
Fr. Mauricio Álvarez, diácono	Fr. Miguel Ruíz del Árbol, diácono
Fr. Alejandro Hernández	Fr. Camilo Naves, diácono
Fr. Miguel (del) Burgo	Fr. Leonardo Álvarez ⁸⁶ , subdiácono
Fr. Manuel Ibeas	Fr. Francisco Montera, subdiácono
Fr. Mateo Díez, subdiácono	Fr. Francisco Hermida
Fr. Manuel Camaña ⁸⁷ , subdiácono	Fr. Eduardo Navarro

Misioneros Dominicos⁸⁸

R. P. Fr. Agustín Gallego, presidente	Fr. Rafael Fajol
R. P. Fr. Ramón Martínez, capellán del buque	Fr. Miguel Portell
R. P. Fr. José Trobat, presbítero	Fr. Agustín Pujol (murió el 25 de junio de 1864)
Fr. José Terrés	Fr. Emilio Díaz
Fr. Juan Alonso del Manzano	Fr. José María Vitrina
Fr. Remigio Zapico	Fr. Ramón Colomer
Fr. Miguel Narro	Fr. Miguel Llambí
	Fr. Manuel Puebla

D. Simón Carmona, abogado⁸⁹
 D. Francisco Alonso, médico
 D. Francisco Espin, 2º oficial de Administración de Marina
 D. Pablo Somers
 D. Antonio Marsella
 D. Juanito Marsella, hermano del anterior

⁸⁶ En realidad es Leonardo Llana.

⁸⁷ Camañes

⁸⁸ Datos de esta misión, la número 83 de las enviadas por los dominicos a Filipinas, en: OCIO, Hilario, *Compendio de la reseña biográfica de los religiosos de la provincia del Santísimo Rosario*. Manila, Establecimiento tipográfico del Real Colegio de Sto Tomás, 1895, pp. 953-959.

⁸⁹ Aunque citados aquí de modo separado por el P. Tirso López, Navarro los recoge en su diario en el apartado de "seglares".

Cámara alta.

D. Henrique Solano	alférez de infantería
D. Guillermo de los Ríos	id. de id.
D. Juan López	id. de Navío
D. Pedro Blandariz	oficial 2º de administración de la armada
D. Antonio Togores	capitán de Infantería de Marina
D. Julián Fery	oficial 1º de administración de Marina
D. Rodrigo San Román	oficial 2º de id. de id.
D. José María Reina	capitán de infantería de Marina
D. José Cebollinos	id. de id.
D. Joaquín Marco	capitán de Infantería.
D. Enrique Vega	id. de Caballería.
D. Joaquín Pérez	id. de Artillería.
D. Eduardo Cañizares	Médico del ejército
D ^a . Josefa su señora, con dos hijos Eduardo y Paco	
D. Antonio Bonafos con su señora Julia ⁹⁰	
D. José Puig	Comisario de Guerra
D ^a . Mariana su señora con sus dos hijos Aurora y Consuelo	
D. Gaspar Tenorio	2º Comandante de infantería
D ^a Cristina Álvarez su señora con dos hijos Gaspar y Justina	
D ^a . Paula Laza, viuda, con dos hijos Eulalia y José María	
D. Santiago Álvarez	alférez de Caballería
D. Manuel Díez	abogado
D. Henrique Calvo	2º oficial de la administración del ejército
D ^a . Dalmasia Gomez	india
Pasajeros de Proa	
D. Celestino Caicedo	sargento 1º de artillería
D. Isidro Moreno	id. de id.
D. Eduardo Sierra	id. de Infantería
D. Cándido Lavieja	cabo 1º de infantería

⁹⁰ Era capitán de infantería, según apunta el P. Navarro en su manuscrito.

D. Paulino Aupi	id de obras
D. Agustín Blanco	id. de id.
D. Antonio Cramolo	id. de id.
Y D ^a Eulalia su señora con su hija Margarita.	

Chinos

Rafael Sanca
 Modesto Gela
 Trian Cumí
 Julio Susiena
 Felipe Tedocha
 José Quirena
 Finio Fo
 Lorenzo Beljo

Oficiales del Buque

D. Ramón Muñoz	capitán y primer piloto
D. Antonio Gardoqui	segundo piloto
D. Juan Bautista Vasterra	tercer piloto
D. José Bustamante	piloto agregado
D. José María Fernández Castro	piloto agregado
D. Ramón M.	contraestre
D. José Achura	maestro de carpintería
D. Cristóbal M.	mayordomo
D. Juan Rubio	dispensero
Camareros	ocho
Cocineros	tres
Marineros o grumetes	treinta

Observaciones sobre la navegación de Cádiz a Manila en la Guadalupe hechas a las 12 del día en 1864.

MAYO

Días	Singladuras	Latitud	Longitud Cádiz	Millas andadas	Barómetro	Termómetro	Metálico	Millas	Distancia del punto De tierra mas cercano
20		36° 26' N	00° 8' 30" O		30' 04	17,5	77' 50		
21	1	35° 29' N	1° 45' O	104	30' 09	17	77' 60	90	Larache
22	2	35° 2' N	2° 3' O	30	30' 11	17	77' 75	91	Cabo Feoclach
23	3	34° 32' N	2° 16' O	30,5	30' 12	16,5	77' 70	75	Cabo Maciglian
24	4	34° 3' N	2° 48' O	40	30' 06	16	77' 42	54	Id
25	5	33° 31' N	3° 47' O	58	29' 98	16	77' 40	5	Id
26	6	31° 56' N	4° 59' O	113	30' 15	16	77' 70	77	Cabo Mogador
27	7	31° 00' N	6° 18' O	90	30' 18	16	77' 82	115	Isla Graciosa
28	8	30° 11' N	7° 41' O	84	30' 18	16	77' 80	53	Isla Alegranza
29	9	29° 31' N	8° 59' O	80	30' 25	16,5	77' 95	72	Punta Naga
30	10	28° 38' N	9° 38' O	62	30' 26	17	77' 85	10	"
31	11	27° 45' N	10° 23' O	66	30' 26	17	77' 85	15	Punta Barca

JUNIO

Días	Singladuras	Latitud	Longitud Cádiz	Millas andadas	Barómetro	Termómetro	Metálico	Millas	Distancia del punto De tierra mas cercano
1	12	26° 44' N	11° 6' O	74	30' 23	18	77' 85	76	Isla Hierro
2	13	25° 17' N	12° 42' O	120	30' 24	18	77' 86	116	"
3	14	23° 8' N	14° 54' O	170	30' 25	18	77' 90	276	Cabo Blanco
4	15	21° 3' N	17° 12' O	181	30' 29	17,5	77' 90	243	Isla San Antonio
5	16	19° 14' N	18° 59' O	154	30' 17	18	77' 90	126	"
6	17	16° 7' N	20° 5' O	201	30' 18	18	77' 90	83	Isla San Antonio
7	18	13° 48' N	19° 32' O	155	30' 18	18	77' 90	100	Isla Brava
8	19	11° 54' N	19° 16' O	114	30' 16	18	77' 8	180	"
9	20	10° 23' N	18° 59' O	29	30' 19	20	77' 65	270	"
10	21	8° 50' N	18° 24' O	100	30' 16	20	77' 70	363	"
11	22	7° 55' N	18° 4' O		30' 16	20	77' 62		
12	23	8° 11' N	17° 51' O	50	30' 18	20	77' 60	411	
13	24	7° 23' N	17° 34' O	57	30' 18	20	77' 60	455	
14	25	7° 11' N	17° 31' O	14	30' 15	20	77' 55		
15	26	6° 24' N	16° 45' O	47	30' 16	19,5	77' 50		
16	27	6° 39' N	16° 45' O	70	30' 18	20,5	77' 05	515	
17	28	6° 25' N	16° 48' O	14	30' 18	20,5	77' 60	519	
18	29	5° 44' N	16° 40' O	42	30' 17	20	77' 60	568	
19	30	4° 18' N	16° 58' O	27	30' 18	20	77' 50	573	
20	31	4° 38' N	17° 56' O		30' 18	20	77' 25		
21	32	3° 4' N	18° 28' O	130	30' 14	20	77' 41	720	
22	33	1° 45' N	21° 12' O	130	30' 14	20	77' 35	710	
23	34	00° 23' N	22° 14' O	100	30' 17	20,5	77' 50	52	Isla de San Pedro
24	35	1° 56' S	22° 43' O	148	30' 28	20,5	77' 60	475	Cabo de San Agustín
25	36	4° 37' S	22° 52' O	158	30' 23	20,5	77' 57	410	"
26	37	6° 53' S	23° 56' O	152	30' 17	20,5	77' 63	470	"
27	38	9° 19' S	24° 43' O	157	30' 24	20	77' 52	240	"
28	39	11° 11' S	25° 18' O	120	30' 18	20,5	77' 50	183	"
29	40	13° 9' S	24° 28' O	138	30' 30	20	77' 70	385	"
30	41	14° 34' S	24° 12' O	95	30' 31	20	77' 65	470	"

JULIO

Días	Singladuras	Latitud	Longitud Cádiz	Millas andadas	Barómetro	Termómetro	Metálico	Millas	Distancia del punto De tierra mas cercano
1	42	15° 24' S	25° 24' O	95	30' 33	20	78' 20	460	Cabo San Agustín
2	43	16° 58' S	27° 13' O	140	30' 31	20	78' 21	540	"
3	44	19° 17' S	27° 48' O	144	30' 35	18,5	78' 07	353	Espiritu Santo
4	45	21° 25' S	27° 37' O	121	30' 24	18,5	78' 7	363	"
5	46	22° 54' S	26° 4' O	114	30' 36	18,5	78' 14	450	"
6	47	24° 1' S	24° 43' O	110	30' 38	19	78' 11	565	"
7	48	25° 27' S	23° 00' O	120	30' 31	18	78' 10	683	"
8	49	27° 57' S	23° 14' O	206	30' 20	18	78' 00	850	"
9	50	24° 57' S	15° 46' O	180	30' 35	14	78' 23	1020	"
10	51	28° 1' S	15° 10' O	33	30' 36	15	78' 27	"	"
11	52	28° 44' S	13° 41' O	156	30' 35	14,5	78' 20	1180	"
12	53	30° 53' S	25° 25' O	288	30' 00	11,5	77' 40	1370	"
13	54	31° 21' S	37° 37' O	230	30' 36	14	77' 85	360	Tristán de Acuña
14	55	30° 1' S	27° 22' O	175	30' 45	11	78' 45	470	"
15	56	29° 51' S	27° 18' O	56	30' 58	12	78' 68	480	"
16	57	30° 13' S	27° 24' O	24	30' 60	12	78' 75	490	"
17	58	31° 15' S	00° 6' O	91	30' 65	13	78' 64	490	"
18	59	33° 16' S	03° 17' E	210	30' 47	12	78' 50	540	"
19	60	34° 6' S	05° 43' E	148	30' 46	11,5	78' 46	620	"
20	61	34° 08' S	07° 32' E	41	30' 51	10,5	78' 58	705	"
21	62	35° 9' S	09° 52' E	130	30' 52	12	78' 57	790	"
22	63	36° 8' S	12° 30' E	140	30' 51	11,5	78' 58	885	"
23	64	36° 47' S	15° 5' E	134	30' 53	11,5	78' 54	165	"
24	65	37° 16' S	17° 17' E	133	30' 48	10	78' 60	406	C. de Buena Esperanza
25	66	38° 37' S	21° 7' E	200	30' 44	10,5	78' 46	310	C. de Buena Esperanza
26	67	40° 16' S	24° 47' E	200	30' 21	"	78' 4	310	"
27	68	40° 24' S	29° 33' E	220	30' 89	8	77' 32	403	"
28	69	39° 37' S	33° 37' E	218	30' 37	"	78' 70	525	"
29	70	40° 32' S	36° 48' E	243	30' 15	10,5	78' 00	648	"
30	71	41° 7' S	40° 1' E	159	30' 00	10,5	77' 70	780	"
31	72	41° 49' S	42° 14' E	113	30' 78	11	77' 90	312	I. del Principe Eduardo

AGOSTO

Días	Singladuras	Latitud	Longitud Cádiz	Millas andadas	Barómetro	Termómetro	Metálico	Millas	Distancia del punto De tierra mas cercano
1	73	41° 46' S	47° 6' E	217	30' 97	11	77' 50	340	I. del Principe Eduardo
2	74	41° 15' S	49° 53' E	130	30' 01	7	77' 80	410	"
3	75	39° 10' S	53° 18' E	199	29' 99	10	77' 85	546	"
4	76	39° 31' S	56° 35' E	160	30' 35	9,5	78' 40	140	"
5	77	40° 14' S	57° 23' E	53	30' 53	9	78' 43	570	Isla Posesión
6	78	41° 48' S	60° 28' E	167	30' 08	7,5	77' 83	250	"
7	79	42° 26' S	64° 42' E	192	30' 06	9,5	77' 80	440	"
8	80	42° 32' S	69° 12' E	195	30' 05	11,5	77' 58	510	"
9	81	42° 41' S	74° 59' E	250	30' 15	10,5	77' 54	375	Merguelen Land
10	82	42° 27' S	80° 36' E	250	30' 35	10,5	78' 25	468	"
11	83	41° 16' S	86° 4' E	249	30' 34	9,5	78' 25	618	"
12	84	39° 33' S	90° 58' E	240	30' 16	10,5	78' 00	305	"
13	85	39° 24' S	95° 42' E	247	30' 9	7,5	77' 10	572	"
14	86	35° 3' S	99° 3' E	240	30' 13	7,5	78' 5	780	San Pablo
15	87	32° 39' S	104° 7' E	255	30' 19	9,5	78' 15	980	"
16	88	30° 31' S	107° 26' E	208	30' 30	8,5	78' 89	814	Nueva Cape (Australia)
17	89	28° 31' S	109° 33' E	166	30' 34	14	78' 45	670	"
18	90	26° 51' S	110° 10' E	105	30' 38	19,5	78' 50	620	Australia
19	91	24° 58' S	111° 00' E	140	30' 40	14,5	78' 40	580	"
20	92	22° 18' S	111° 43' E	146	30' 38	14,5	78' 30	48	Australia
21	93	19° 26' S	112° 16' E	174	30' 40	15	78' 26	472	"
22	94	14° 1' S	112° 12' E	176	30' 38	14,5	77' 52	160	"
23	95	11° 56' S	112° 25' E	216	30' 58	15,5	77' 15	182	"
24	96	7° 15' S	112° 25' E	208	30' 19	19	77' 15	228	I. Cristian o de Natividad
25	97	5° 50' S	112° 18' E	209	30' 17	20	77' 60	"	Estrecho o paso de la Sonda
26	98	Anyer	Anyer	"	30' 5	22,17	77' 10	"	"
27	99	"	"	"	30' 5	25,4	77' 10	"	"
28	100	5° 56' S	112° 19' E	"	30' 5	22,1	77' 10	"	"
29	101	5° 24' S	112° 29' E	14 ½	30' 4	23,5	77' 16	29	Las dos Hermanas
30	102	5° 16' S	112° 38' E	12	30' 5	22,3	77' 16	20	"
31	103	4° 52' S	113° 1' E	0	30' 9	24,5	77' 32	21	Diepobater

SEPTIEMBRE									
Días	Singladuras	Latitud	Longitud Cádiz	Millas andadas	Barómetro	Termómetro	Metálico	Millas	Distancia del punto De tierra mas cercano
1	104	3° 45' S	113° 38' E	83	30' 8	23	77' 24		
2	105	1° 55' S	113° 39' E	164	30' 9	23, 5	77' 30	31	Gaspar
3	106	0° 12' N	113° 22' E	167	30' 12	23	77' 40	14	S. Bartolomé
4	107	2° 15' N	113° 1' E	126	30' 10	22, 5	77' 35	43	Isla Bretovia
5	108	4° 6' N	113° 20' E	114	30' 9	23	77' 32	42	Schian
6	109	5° 20' N	113° 31' E	76	30' 16	22	77' 32	90	Isla Grananna
7	110	7° 41' N	114° 32' E	166	30' 7	22	77' 12	75	Isla Lampe
8	111	10° 22' N	116° 16' E	177	29' 99	21	77' 10	73	Isla Pulo Zapata
9	112	19° 19' N	119° 44' E	249	29' 99	22, 5	77' 9	65	Isla Danger del Norte
10	113	13° 12' N	122° 32' E	299	29' 99	22	77' 5	65	Danger
11	114	13° 17' N	124° 32' E	171	30' 1	21, 5	77' 20	22	Lumban
12	115	13° 45' N	125° 32' E	81	30' 5	22, 5	77' 30	52	
13	116	14° 1' N	126° 00' E	0	30' 6	22	77' 33		Corregidor
14	117	14 ½ ° 00	126° 00' E	0	30' 5	22, 5	77' 30		
15	118	14 ½ ° 00	126° 00' E	0					

Descripción exacta del Buque *Guadalupe*

	Pies
Longitud	185
Longitud de eslora	210
Latitud del buque	35 1/2
Altura del puntal	25
Obra muerta	6
Palo mayor	<hr/> 84
Mastelero de gabía	44
Mastelero de Juanete mayor	<hr/> 63
Total del palo mayor	190
Palo trinquete	66
Mastelero del velacho	44 1/2
Mastelero de juanete de proa	<hr/> 46
Total de todo el palo	156 1/2
Palo mesana	64
Mastelero de sobremesana	38
Mastelero del perico	<hr/> 34
Total de todo el palo	136
Bauprés	34
Botalón del foque	48
Toneladas que hace	1000

Lista de los religiosos que fueron a Manilla en la misión de 1864 con especificación de las órdenes que tienen, del tiempo en que nacieron y profesaron y el obispado a que pertenecen.

Nombres	Órdenes	Pueblos	Obispos	Fecha de nacimiento			Id de toma de hábito			Id. de profesión			Estudio
				Día	Mes	Año	Día	Mes	Año	Día	Mes	Año	
P. Fr. Tirso López Bardón	Presbítero	Cornombre	Oviedo	25	Mayo	1838	14	Octubre	1855	14	Octubre	1856	Concluido
P. Fr. Angel Abásolo Aquesolo	Presbítero	Yurre	Vitoria	1	Marzo	1837	4	Octubre	1859	5	Octubre	1860	2º de Teología
P. Fr. Victoriano García Martínez	Presbítero	Buenavista	León	6	Marzo	1839	4	Octubre	1859	20	Noviembre	1860	1º de Teología
Fr. Mauricio Alvarez Díaz	Diácono	Carrión	Palencia	21	Septiembre	1840	4	Octubre	1859	5	Octubre	1860	2º de Teología
Fr. Alejandro Hernández Milán	Fr.	Tordesillas	Valladolid	26	Febrero	1843	4	Octubre	1859	5	Octubre	1860	2º de Teología
Fr. Miguel del Burgo Torelles	Diácono	Valladolid	Valladolid	29	Abril	1844	6	Octubre	1859	7	Octubre	1860	2º de Teología
Fr. Manuel Ibeas Ibeas	Fr.	Celada de la Torre	Burgos		Junio	1843	19	Noviembre	1859	20	Noviembre	1860	2º de Teología
Fr. Mateo Díez Gama	Subdiácono	Belorado	Burgos	18	Septiembre	1842	9	Febrero	1860	10	Febrero	1861	2º de Teología
Fr. Manuel Chamafes	Diácono	Cantavieja	Zaragoza	21	Noviembre	1841	16	Abril	1860	17	Abril	1861	2º de Teología
Fr. Eugenio Villalain Laredo	Subdiácono	Celadillasoto	Burgos	11	Noviembre	1842	7	Septiembre	1860	8	Septiembre	1861	2º de Teología
Fr. Jacinto Ibeas	Fr.	Quintanilla	Burgos	11	Septiembre	1843	7	Septiembre	1860	8	Septiembre	1861	2º de Teología
Fr. José Ibeas Ibeas	Fr.	Celada de la Torre	Burgos	23	Noviembre	1844	7	Septiembre	1860	8	Septiembre	1861	2º de Teología
Fr. Miguel Ruiz del Arbol	Diácono	Medina Pomar	Burgos	4	Marzo	1841	13	Septiembre	1860	15	Septiembre	1861	2º de Teología
Fr. Camilo Naves	Diácono	S. Pedro Naves	Oviedo	12	Junio	1841	13	Septiembre	1860	15	Septiembre	1861	1º de Teología
Fr. Francisco Monterá	Subdiácono	Tudela de Agüeria	Oviedo	7	Febrero	1842	13	Septiembre	1860	15	Septiembre	1861	Último de Filosofía
Fr. Leonardo Llanaza	Subdiácono	Tudela de Agüeria	Oviedo	31	Diciembre	1842	13	Septiembre	1860	15	Septiembre	1861	1º de Teología
Fr. Francisco Hermida Piñero	Fr.	Berduicio	Tuy	8	Enero	1845	27	Septiembre	1860	27	Octubre	1861	1º de Teología
Fr. Eduardo Navarro Ordóñez	Fr.	Valladolid	Valladolid	8	Noviembre	1843	17	Octubre	1860	21	Octubre	1861	1º de Teología

Religiosos que quedaron en el colegio de Valladolid cuando salió dicha misión.

Nombres	Pueblos	Obispos	Fecha de nacimiento	Fecha de toma de hábito	Fecha de profesión
Fr. Santos Fierro Lázaro	Valladolid	Valladolid	2 Noviembre 1830	17 Junio 1861	19 Junio 1862
Fr. Joaquín Álvarez Lljana	Villazón	Oviedo	21 Noviembre 1834	6 Octubre 1861	7 Octubre 1862
Fr. Manuel Gutiérrez Ibeas	Celada de la Torre	Burgos	16 Julio 1844	4 Junio 1861	19 Junio 1862
Fr. Bustaquito Forés Sanz	Olmedo	Valladolid	20 Septiembre 1844	11 Junio 1861	19 Junio 1862
Fr. Calixto Fernández Sanz	Riostras	Burgos	14 Octubre 1844	9 Junio 1861	19 Junio 1862
Fr. Félix Rollán Gómez	Toro	Zamora	18 Mayo 1845	11 Junio 1861	19 Junio 1862
Fr. Faustino Muñoz Santiago	Valdeastillas	Valladolid	29 Julio 1845	11 Junio 1861	19 Junio 1862
Fr. Felipe García Domingo	Laguna Rodrigo	Segovia	23 Agosto 1845	11 Junio 1861	19 Junio 1862
Fr. Nicolás Ibeas Fernández	Riostras	Burgos	4 Octubre 1845	9 Junio 1861	19 Junio 1862
Fr. Francisco Cano Martínez	Valdezate	Burgos	25 Enero 1845	7 Julio 1861	19 Julio 1862
Fr. Emilio Bullé Goidi	Bilbao	Vitoria	10 Mayo 1845	18 Octubre 1861	20 Octubre 1862
Fr. Benito Ubierna Díez	Sotopalacios	Burgos	21 Marzo 1842	3 Septiembre 1862	6 Septiembre 1863
Fr. Juan Tarrero Revella	Palencia	Palencia	27 Diciembre 1842	3 Septiembre 1862	6 Septiembre 1863
Fr. Gonzalo Gamaz Malsabor	Villar D. Diego	Zamora	10 Enero 1845	3 Septiembre 1862	6 Septiembre 1863
Fr. Ricardo Alonso Berzosa	Esguevillas	Palencia	5 Febrero 1845	3 Septiembre 1862	6 Septiembre 1863
Fr. Cándido González Hernández	Cubillas	Zamora	3 Octubre 1845	3 Septiembre 1862	6 Septiembre 1863
Fr. Leandro Collado Sánchez	Fresnoviejo	Valladolid	13 Marzo 1846	3 Septiembre 1862	6 Septiembre 1863
Fr. Federico Cortázar Zubero	Durango	Vitoria	18 Julio 1847	5 Septiembre 1862	6 Septiembre 1863
Fr. Tomás Cámara Castro	Torreillas	Calahorra	19 Septiembre 1847	10 Septiembre 1862	4 Octubre 1863
Fr. Agustín Hierro González	Villarino	Orense	24 Mayo 1843	3 Octubre 1862	4 Octubre 1863

Novicios

Nombre	Pueblos	Obispado	Fecha de nacimiento	Toma de hábito
Fr. Guillermo Cuevas	Medina del Pomar	Burgos	24 Noviembre 1842	4 Septiembre 1863
Fr. Feliciano Moral	Soncillo	Burgos	8 Junio 1845	4 Septiembre 1863
Fr. José del Cerro	Vivar del Cid	Burgos	22 Julio 1847	4 Septiembre 1863
Fr. Sabas Fontecha	Buenavista	León	28 Octubre 1847	4 Septiembre 1863
Fr. Antonio Hierro	Villerino	Orense	14 Marzo 1848	4 Septiembre 1863
Fr. Salvador Font	Igualada	Vich	23 Julio 1844	8 Septiembre 1863
Fr. Mariano García	Quintanaduro	Burgos	20 Octubre 1844	8 Septiembre 1863
Fr. Laureano Redondo	Casaseca	Zamora	1 Julio 1845	8 Septiembre 1863
Fr. Alipio Aspízarie	Durango	Vitoria	26 Junio 1847	8 Septiembre 1863
Fr. Bernardo Noriega	Buiyeres	Oviedo	12 Febrero 1848	18 Septiembre 1863
Fr. Juan Román	Valdespina	Palencia	27 Diciembre 1844	30 Octubre 1863